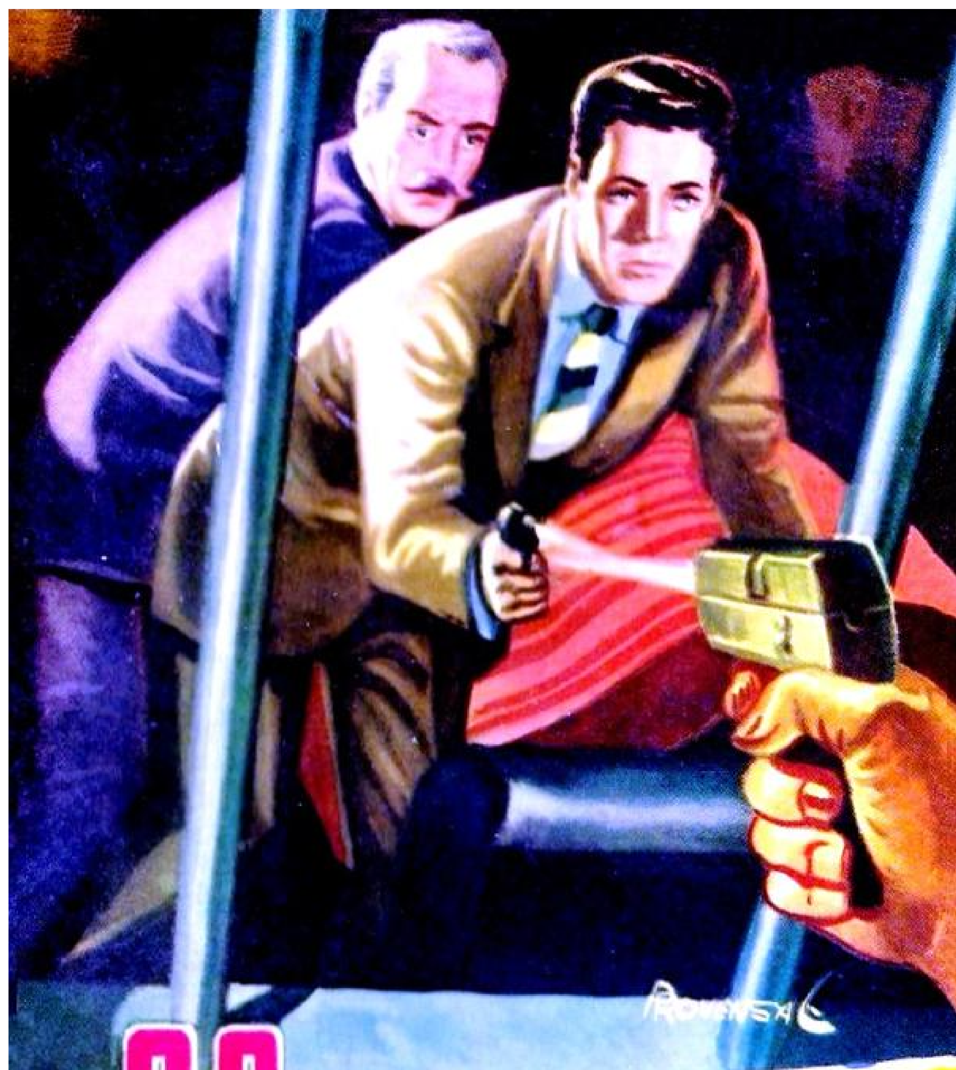


SS
SERVICIO SECRETO

TONY M. TOWER

PASAPORTE AL INFIERNO

TONY M. TOWER

Pasaporte al infierno

1.ª EDICIÓN
ENERO 1954



EDITORIAL BRUGUERA
BARCELONA

OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS EN ESTA COLECCION:

111 — Huracán en el Caribe.
131 — Misión en Casablanca.
137 — El secreto de Rochy Mountain.
148 — Dos cruces en la nieve.

PRINTED IN SPAIN

Impreso en Gráficas Bruguera.
Proyecto, 2 - Barcelona

PASAPORTE AL INFIERNO



por

TONY M. TOWER

CAPITULO PRIMERO

El agudo sonar de las sirenas cesó bruscamente, produciendo un silencio casi molesto para los dos ocupantes de la pequeña cabina de cristales, sobre la cual se elevaban los estridentes silbatos. Estaban contemplando los últimos obreros que entraban, y veían cómo marcaban su tarjeta de asistencia en el automático de la portería.

—¡Bueno, Bruce! Te dejo. Vamos a empezar la jornada; ya te seguiré contando en qué terminó lo de anoche.

—¡Hasta luego! ¿Vendrás como siempre a comer aquí?

—Claro. Ahí te dejo mi caja. Me parece que hoy vamos a tener un día de calor.

El grueso capataz tomó su carpeta de notas y salió al exterior, descendiendo rápido unos cuantos escalones.

Se cruzó con algunos operarios que se dirigían a sus lugares de trabajo, y sorteando maderas, pilas de sacos de cemento y materiales de todas clases, se acercó al otro extremo del inmenso esqueleto que estaba llamado a ser el estadio de la Universidad de Austin, pero que ahora sólo parecía un gran bloque de apeos de maderas, y extraños encofrados gigantescos.

Varios hombres charlaban. Un equipo de obreros expertos, en los que el capataz confiaba. Tenían en sus manos largas barras de hierro, y esperaban las instrucciones de su jefe.

— ¡Buenos días, muchachos! Hoy vamos a desencofrar los pilares grandes, los de la tribuna principal. Veremos qué cara tiene el hormigón. Con este calor debe estar más que fraguado. Coge las cosas.

Seguido de los obreros se dirigió hacia la parte más monumental de los

graderíos. Las vagonetas cargadas de hormigón cruzaban ante ellos, y eran volcadas con gran ruido y rapidez en los moldes ya preparados, mientras las grandes mezcladoras no cesaban de lanzar nueva masa. El grupo descendió a la parte interior, y se reunió al pie de las columnas.

—Veamos. Hay que descubrir los pilares 10 al 15 de la serie B. Podéis empezar con éste. Mucho cuidado con las aristas. ¡No quiero un solo desconchado!

Los obreros, protegidas sus manos con grandes guantes de cuero, procedieron hábilmente a desclavar los paños de tablas, fuertemente sujetos, procurando no estropearlos con miras a posteriores utilizaciones. Trabajaban rápidamente, y en pocos minutos dejaron al aire la gran columna de hormigón, perfectamente fraguada y de caras limpias y lisas. Un buen trabajo, en suma.

Ya habían desencofrado cuatro pilares, y varios de ellos se ocupaban de acondicionar los tableros desprendidos, cuando empezaron a desclavar las maderas del quinto. El capataz miraba distraído, conforme sus hombres iban descubriendo el hormigón. Repentinamente algo llamó su atención. Uno de los obreros había hecho un movimiento extraño, y su largo garfio pareció hundirse en la columna.

—Espera! ¡Me parece que algo no marcha bien!

¿Qué te ocurre con ese hierro? — preguntó, acercándose alarmado.

—No lo sé. Al hacer fuerza el cemento ha cedido aquí debajo — contestó el operario.

—Quita el hierro. Desclava el travesaño, y saca las tablas una a una. Si le ocurre algo al pilar, tendremos un disgusto con el ingeniero.

Lo hicieron así. El resto de los hombres se había acercado, y miraban intrigados, mientras su compañero, vigilado por el capataz, procedía a quitar el encofrado, desarmando el paño. Cuando la parte de hormigón quedó a la vista, el capataz enfocó su linterna, pues no había mucha luz debajo de las gradas. Lo que vio le hizo lanzar una exclamación:

—¡Ya lo temía yo! ¡Este pilar esta mal hormigonado! El equipo que lo ha llenado va a tener que dar muchas explicaciones. Han dejado esta parte vacía. ¡Luego dirán que entran bien el vibrador!

Efectivamente, la superficie aparecía hundida en parte, al ceder una ligera capa que estaba unida al encofrado. El capataz hurgó rabioso con una barra, para comprobar la gravedad del fallo, y notando una resistencia anormal introdujo la mano que retiró asombrado, con un puñado de cabellos humanos entre los dedos.

—¿Qué es esto? — Había palidecido, y se quedó unos instantes dudando, para inmediatamente ordenar—: ¡Tú, ve en seguida a buscar al jefe! ¡Rápido! ¡Los demás continuar con el otro pilar!

El ingeniero acudió al instante. Sin duda el hombre que fue a buscarle había conseguido impresionarlo. Se dirigió al capataz, preguntando:

—¿Qué pasa, Farrar? No he comprendido bien...

—Véalo usted mismo, señor. Fíjese en este pilar.

— ¡Estupendo! ¿Qué equipo es el responsable de esto? — preguntó el ingeniero, disgustado.

—El de Willys. Pero no ha debido ser cuestión del vibrador. Ahí dentro pasa algo raro. Esto lo he sacado del interior.

Le mostró el mechón de cabellos, que el ingeniero examinó con curiosidad y alarma. Preguntó, dudando

—¿ Qué quiere usted insinuar, Farrar? No le entiendo...

—No sé. No me atrevo a pensarlo. Pero creo que no estaría de más descubrir un poco esta parte. De todos modos, será preciso repararlo.

—Está bien. Pero lo menos posible. Supongo que la armadura quedará bien cubierta. Ordene primero que apeen las jácenas apoyadas sobre el pilar.

Farrar dio instrucciones a sus hombres, que colocaron los grandes rollizos en los sitios que indicó. Luego, él mismo tomó una piqueta con la que procedió a ensanchar el hueco, bajo la atenta mirada del ingeniero.

Retiró con las manos los fragmentos de hormigón, y alumbró el sitio con su linterna. Nuevos cabellos negros, endurecidos por el cemento, aparecieron a la vista. Farrar volvió a picar otro poco con nerviosos ademanes, hasta llegar a la armadura de barras de acero, en forma de jaula. A través de ella se apreciaba un espacio completamente hueco, y pegado a los estribos de alambre, al alcance de la mano, una cabeza de hombre manchada e imposible de reconocer.

Lanzó un juramento y retrocedió espantado. El jefe se había acercado y desde un par de metros miraba la asombrosa aparición, pálido e incapaz de pronunciar palabra alguna. Se repuso en seguida, y dijo al capataz:

—Que se retire toda la gente de aquí. Ponga un par de vigilantes para que nadie se acerque, y usted llame por teléfono a la Policía. Yo esperaré. Dígales que es urgente... ¡Y nada de comentarios, Farrar!

El capataz, sin decir nada, hizo señas a sus obreros y se los llevó hasta el otro extremo de la obra, encomendándoles otro trabajo. Subió a la cabina para telefonear. Y no contestó a las preguntas de Bruce, que le acosaba.

—¿Qué demonios pasa? ¿Para qué llamas a la Policía? ¿Ha habido alguna pelea?

—Déjame en paz. No puedo decirte nada; son órdenes del jefe.

—Está bien, hombre... no te des tanta importancia.

Farrar bajó de la cabina y se acercó a la entrada de las obras, para aguardar la llegada de los agentes. Se le hizo interminable la espera. No cesaba de hacerse preguntas mentales, a las que no podía contestar. ¿Qué significaba aquello?

Por fin, con su conocido ulular, llegó un coche de la policía del Estado

de Texas. Venía en él el inspector Paterson, con dos agentes de uniforme. Dijo a Farrar, que se acercaba a ellos:

—Alguien nos ha llamado desde aquí como si tuviera al monstruo de Frankenstein a su espalda. ¿Qué pasa?

—He sido yo, inspector. De orden de mi jefe. Hagan el favor de venir conmigo.

Les llevó hasta el lugar donde el ingeniero esperaba, causando la expectación de los grupos de obreros, que los miraban interrogantes, haciendo diversos comentarios. El técnico de la empresa constructora saludó al policía.

—Buenos días. Creo que no estimarán me he precipitado al hacerles venir, cuando vean esto. Las explicaciones no son necesarias. Eche una mirada al pilar. ¡Alumbre, Farrar!

Paterson se acercó intrigado, y se quedó unos instantes contemplando la cabeza, de la que sólo se veía parte de la frente y unas cejas anchas, cubiertas de cemento.

—¿Qué es esto? ¿Un accidente? ¿Cuánto tiempo hace que está ese hombre aquí? — las preguntas surgían atropelladamente.

El ingeniero se encogió de hombros.

—Lo mejor será que lo descubramos todo. Ya han sido apeadas las jácenas, y de todos modos tenemos que tirar el pilar. Farrar puede agrandar el hueco, si lo desean...

—Sí, claro. Es preciso sacar el cuerpo, o lo que sea. ¡Agente! ¡Avise a la Brigada Criminal! Que venga el fotógrafo, y traigan un mandamiento para poder retirar esto. No tarde. Mientras, trataremos de ver qué ha ocurrido.

El capataz tomó la piqueta, y ya más tranquilo procedió a golpear el hormigón, que aún no había adquirido toda su dureza. Fue arrancando grandes trozos hasta dejar al aire, en casi un metro de extensión, toda la armadura metálica. Cuando ya se apreciaba con más claridad el resto del cuerpo de un hombre, lanzó un grito:

— ¡Es Gino! Sí, es Gino, no hay duda. Y nosotros creíamos que se había marchado a la ciudad.

—¿Quién era ese Gino ? — preguntó Paterson.

—Uno de los vigilantes de la obra. Usted le conocería, señor — dijo Farrar al ingeniero—. El italiano. Hace un par de semanas dejó de venir al trabajo. Suponíamos que se había marchado. Estaba haciendo el turno de noche.

—Sí, tengo una idea. Es incomprensible cómo ha podido ocurrir. Debió caerse en el encofrado... No se. Parece extraño. ¿Cuándo se hormigonó este pilar?

El capataz consultó sus libretas antes de responder:

—Hoy hace justamente quince días. Es decir, se llenó en dos jornadas. La primera parte el ocho, y el resto el nueve.

Paterson intervino:

—Entonces eso significa que el pilar estuvo una noche a medio llenar. Pudo por tanto ese hombre caer en él, y al otro día completarse el llenado. ¿Es posible que no se dieran cuenta de ello?

—Sí, resulta comprensible. El hormigón se echa con vagonetas, y en estos pilares tan grandes y de tanta altura no puede verse el interior del encofrado, a menos que se ilumine especialmente. Si este infeliz cayó en el hueco que forma la armadura, es fácil que a la otra mañana fuera cubierto con la masa.

—¿Qué sabe de ese Gino?.— inquirió el inspector, que estaba tomando notas en una libreta.

—Yo nada. El jefe de personal podrá darle su ficha completa. Cuando usted quiera podemos cortar las barras para sacarlo.

—Hay que esperar al fotógrafo; convendrá tomar algunas vistas de esto. No creo que haya dificultades, pero es la rutina.

Farrar había subido al encofrado alto del futuro graderío, y estaba curioseando. Paterson lo siguió, y vio la boca del pilar, cubierta de hormigón, entre el que asomaban los hierros de enlace. Junto a ella pasaban los rieles de las vagonetas. Desde luego era posible que la cosa hubiera sucedido como el ingeniero explicaba.

Volvieron a bajar porque ya había llegado el fotógrafo, que estaba ejecutando su trabajo con la más absoluta indiferencia. Cuando terminó, preguntó si podía marcharse, y Paterson le autorizó para ello.

—Bueno, ya podemos tratar de sacarlo. Supongo que va a ser difícil.

Farrar tenía preparado un soplete, con el que en pocos momentos cortó las barras de hierro, dejando una portezuela en la armadura.

Por ella fue extraído con cierta dificultad el cadáver, que estaba doblado en forzada postura, y dejó un hueco grande en el hormigón. La ropa del pobre Gino estaba endurecida, y se quebraba al tratar de colocarle en postura más adecuada. Le tendieron en el suelo, esperando la autorización y la ambulancia que lo recogiera. Paterson escuchaba distraído la palabrería del ingeniero y del capataz, con los tópicos habituales en tales casos. No podía prestar demasiada atención a sus palabras, porque estaba pensando qué demonios significaba la diminuta empuñadura de una daga que asomaba entre los omoplatos de Gino…

CAPITULO II

Ya hacía unas horas que el cadáver encontrado en las obras del estadio de la Universidad de Austin estaba tendido, frío y solitario, en la Morgue de la ciudad. El inspector Paterson, evidentemente disgustado por el problema que le había caído encima, esperaba la contestación de Washington a una información que había solicitado del Departamento de Inmigración, para conocer a los familiares del muerto.

—Avíseme usted cuando haya noticias — le dijo a su ayudante, al tiempo que cogía el sombrero—. Voy a tomar algo.

Pero fue interrumpido por el estridente llamar del teléfono. Se sentó sobre la mesa y giró la clavija del altavoz, para que su secretario tomara nota de la conversación. Le hizo una seña que el otro comprendió, disponiéndose a escribir. La voz que hablaba desde muchas millas de distancia, preguntó:

«—¿Inspector Paterson? Aquí el Departamento de Inmigración,

—Paterson al habla. Pueden continuar.

»—Hemos consultado nuestros archivos. Gino Martinelli no ha entrado en el país legalmente ¿Es ese efectivamente su nombre? ¿No se tratara de un alias?

Paterson silbó sorprendido. Revolvió los papeles que tenía sobre la mesa, hasta encontrar la copia de la ficha de la empresa donde trabajó. Con ella a la vista, contestó:

—Tengo aquí la reseña de su documentación, y en apariencia está en regla. No he podido comprobarlo porque el tipo iba indocumentado.

»—Hay muchos extranjeros en el país sin la debida autorización, pero hasta ahora no nos encontramos con esta clase, es decir, con la documentación en regla.

—Falsificación, ¿no es eso? Resulta una casualidad que este hombre haya sido asesinado. Hasta el momento no tenemos ninguna pista. Era una persona solitaria y huraña.

»—Este caso pertenece al Gobierno, Paterson.

El jefe enviará un hombre para que se haga cargo de ello. Espero que no le moleste. Ya comprendo que tendría usted interés en aclararlo.

—¡Nada de eso! Si inmigración tiene que intervenir, les daremos toda clase de facilidades... Estamos a su entera disposición — aseguró Paterson, sin disimular mucho su satisfacción por verse libre de la responsabilidad.

Cuando se cortó la comunicación comentó con su ayudante.

—¡Bien! Ese Gino era un hombre considerado. ¡Nos ha evitado muchos quebraderos de cabeza. Nos lavaremos las manos, y que esos tíos listos de Washington gasten su fosforo averiguando por donde entro en el país y de paso quien le clavo el cuchillo...

Sonrieron. Definitivamente pudo Paterson volver a tomar su sombrero y dejar el despacho. Cuando regresó ya tenían noticias concretas sobre la llegada de un agente del Departamento de Inmigración. Había salido de Dallas, y llegaría pronto. Se trataba de Peter Robertson, que ya había trabajado en aquella zona. Paterson le recordaba como un joven de aire despistado y poco brillante. Tomó el telegrama y se lo echo al bolsillo, disponiéndose a ir al aeropuerto para esperarle.

Hizo tiempo en el bar del mismo, charlando con los empleados a quiénes conocía, y sobre todo con las chicas de la «Brannil internacional Airways». Por fin los altavoces anunciaron la llegada del avión procedente de Dallas y Fort Worth, y el inspector de policía se acerco a la pista.

En seguida vio a Peter Robertson, que descendía rápido, con un pequeño maletín. Le saludó agitando la mano, y el otro se acerco sonriendo.

—¿Qué hay de nuevo, Paterson, viejo zorro? ¿Aún continúas robándole el sueldo al Estado?

—¡Qué remedio! No ha habido ningún soborno de importancia. Tengo que conformarme...

Se golpearon en la espalda amistosamente. Robertson era joven, o al menos lo aparentaba, y efectivamente tenía un aspecto tranquilo, de deportista. Hubiera podido hacer carrera en los equipos de *base-ball* de las Grandes Ligas. No era demasiado alto, pero tenía sin embargo un brazo largo y poderoso y unas manos anchas, que le identificaban como un estupendo lanzador de pelota. Todo él daba una idea de placidez, de indolencia. Era tardo de movimientos y no parecía más ágil de imaginación. Paterson le miraba sonriendo, y pensaba otra vez en el inocente aire del agente de Inmigración.

—Los jefes me han recomendado mucho tacto para evitar roces con la Policía del Estado. Son tan ingenuos que suponen estarás rabioso porque te quitamos la oportunidad de lucirte... Ya sabes, el celo profesional y lo demás. ¡Si supieran que estarás entusiasmado al zafarte de este trabajo!

—No seas tan irónico, Peter. Lo que sí es cierto es que no estaba tranquilo pues el asunto parece espinoso. Tú mismo te convencerás. Vamos a mi oficina, y te pondré en antecedentes de todo.

Lo hicieron así en el coche de Paterson. Una vez sentados en el despacho le mostró el resumen de las actuaciones que había preparado su ayudante, con el informe del forense.

—¿Te interesas únicamente por la situación legal? ¿O también por el asesinato? Es lo primero que hay que aclarar.

—Las dos cosas. Si Gino presentó todos sus documentos en la empresa, donde trabajaba, debo averiguar quién se los facilitó, sea aquí o en el extranjero. En este Estado se han dado varios casos. Hasta ahora no hemos logrado aclarar nada, pero tenemos que impedir la actuación de la persona

o personas que están burlando al Departamento. Y seguramente su muerte guarde relación con ellos. Si no es así, os dejare que continuéis vosotros. De todos modos, tendréis que intervenir cuando sepamos algo...

Peter se levantó y se despidió de su amigo. Se pasó la mano por la cabeza con movimiento habitual en él. Tenía el pelo corto y encrespado. Estrechó la mano de Paterson, y salió a la calle. Llevaba su maletín, y lo primero que hizo fue encaminarse a un pequeño hotel que ya le había alojado es otras ocasiones, y que estaba muy cerca de la Jefatura de Policía. Allí le fue dada una habitación del primer piso, donde dejó su equipaje.

Poco después entraba en las oficinas del estadio donde Gino encontrara la muerte. Se dio a conocer y paso al despacho del jefe de personal, que estaba deseoso de ser útil y lo demostraba demasiado.

—¡Encantado de atenderle, señor Robertson! ¿De modo que es usted del Departamento de Inmigración? Le aseguro que nuestra empresa tiene mucho cuidado con los trabajadores extranjeros. Somos estrictos en este sentido. Ya le dije al inspector, que Gino Martinelli presentó todo en regla. Pasaporte, tarjeta de residencia y de trabajo. No había duda, vea su ficha. Tome nota de los números de las credenciales...

Robertson examinó la cartulina. En ella aparecía la imagen de Gino, un hombre moreno de media edad y de aspecto agradable.

—¿Está usted seguro de que no se trataba de una falsificación ? —preguntó.

—Claro que lo estoy. Al menos, sus documentos tenían la apariencia de legítimos. Y yo estoy acostumbrado a verlos... Posiblemente estarán en la casa del pobre Gino.

Robertson no quiso decirle que la Policía no los había encontrado, después de un registro minucioso. De todos modos prefirió cerciorarse por sí mismo. Tenía la dirección, tomada en la oficina de Paterson, y después de dejar al empleado de la empresa constructora, se dirigió allí, en el taxi que le estaba esperando.

La vivienda del italiano era una casita muy pequeña, que formaba parte de un barrio modesto, en las afueras de Austin. Cuando se detuvo frente a ella y se dirigió hacia la entrada manipulando en la cerradura con la llave que le diera su amigo, varias mujeres y chiquillos que jugaban en la calle, le miraron con curiosidad e insistencia. No hizo el menor caso, y entró en la casa, cerrando tras de sí.

Tuvo que encender la luz, pues las ventanas estaban cerradas. Tenía ante él una salita extrañamente bien arreglada para haber sido ocupada por un hombre solo. Los muebles eran modestos y con el estilo impersonal de los de aquel tipo de vivienda, incluidos en el alquiler. La nota distinta la ponían unos cuadritos hechos con cromos de revistas, que mostraban fotografías de Capri y de otros lugares italianos.

No se entretuvo demasiado. Y había pocos sitios donde mirar, y nada de interés.

Pasó a la cocina, con el mismo resultado negativo. Sólo en el pequeño dormitorio, que tenía bien ordenada la cama, esperando a su dueño, a quien manos asesinas impidieron regresar, halló algo. En el cajón de la mesita había un talonario de un Banco local, con anotaciones en la matriz. Examinándolo vio que Gino había logrado reunir una cantidad relativamente importante en los primeros tiempos, pero que últimamente había cesado de efectuar ingresos, y había casi agotado el saldo. Convendría tener aquello en cuenta.

Sobre la mesita, y apoyado en la pequeña lámpara, un portarretratos de piel repujada, manufactura mejicana, enmarcaba el rostro de una señora de edad. Eso era todo.

Cuando dejó la casa se dirigió al Banco donde Gino tenía depositados sus ahorros. No averiguó nada. Parecía ser que se trataba de transacciones normales.

Había quedado con Paterson en recogerlo para ir a cenar a cualquier sitio, y así lo hizo, pues ya era demasiado tarde para realizar nuevas gestiones, preguntó por el resultado de las pesquisas.

—Nada de particular. Gino era un hombre vulgar, y no aparecen por ningún sitio los motivos que haya tenido nadie para asesinarle. Descartado el más simple, el de algún robo en las obras del estadio, pues ya me ha dicho la empresa que no ha faltado nada. Ahora bien, es indudable que alguien le proporcionó los documentos que utilizó para buscar trabajo y conseguirlo. Y el hecho de que hayan desaparecido tan misteriosamente, cuando el italiano debía llevarlos sobre sí, o tenerlos en su casa, me inclina a pensar que su muerte esté relacionada estrechamente con la falsificación. De no ser así, no se habrían dado tanta prisa en llevárselos…

—Eso es cierto. ¿Tienes idea de cómo habrá entrado en el país? —preguntó Paterson, interesado.

—Sí. Lo más fácil es que haya sido a través de la frontera mexicana. Muchos «espaldas mojadas», ya sabes, los peones agrícolas que pasan furtivamente, lo hacen todos los años. Gino tenía un portarretratos del otro lado del Río Grande. Y en este Estado hay muchos extranjeros aprovechando esa proximidad. Vas a hacerme un favor. Mañana, a primera hora, procúrate una relación de todos los trabajadores extranjeros que tiene la «Atlas»…

—Está bien. ¿Qué esperas encontrar? ¿Más inmigrantes clandestinos?

—Exactamente. Ahora vamos a ver qué clase de porquería te sirven en este antro, donde me has traído para ahorrarte unos dólares…

CAPITULO III

—...¡Sí! Espero vuestra contestación. Es urgente. —Peter se impacientó —. No puedo perder la mañana. Vedlo vosotros. ¡Qué demonios me importa si no ha llegado Foster!

Miró a Paterson que le esperaba, sentado en su butaca giratoria, dispuesto a tomar nota de los informes. Al fin el empleado del Departamento de Inmigración volvió a dar señales de vida.

»—¡Escucha, Peter! De esos cinco nombres que me has dado, solamente el húngaro está registrado. Los otros cuatro no han pasado por nuestro control. ¿Están también en el país?

—Sí. Ya daré detalles por escrito. No le digas nada al jefe por ahora, hasta que tenga más datos. Gracias.

Colgó el aparato y sonrió triunfante al inspector. Cogió el papel que tenía al lado del teléfono, y comentó:

—De modo que estos cuatro obreros de la «Atlas» también han entrado por la puerta falsa... Y con documentos en regla, claro, pues de no ser así no los habría aceptado el celoso jefe de personal. ¿Qué gente es esa de la Compañía?

—¡Oh! ¡Por ahí nada! De lo principal del Estado— contestó Paterson—. Ten por seguro que esos individuos les han sorprendido.

—Habrá que hacer lo mismo con el resto de las empresas de por aquí. Es fácil que haya más empleados de este tipo. Ahora voy a empezar a poner en práctica el plan que he decidido. Como no tengo preferencia por ninguno de ellos, me ocuparé del primero de la lisia. Este irlandés, Alfred O'Maes.

—¿Quieres que lo traigamos aquí, y que nos cuente su historia? —ofreció Paterson.

—No, prefiero emplear mis propios procedimientos. Esperaré que sea la hora de salida del trabajo en el estadio. Mi hombre es carpintero, por lo que veo —dijo, consultando la relación—. Voy a dedicarle un par de días...

Tal como dijo al policía, aguardó hasta las cinco de la tarde para dirigirse hacia la gran explanada en la cual estaban siendo construidas las instalaciones deportivas de la Universidad. Había un gran número de automóviles aparcados en el lugar designado al efecto. Detuvo el suyo en la misma carretera, para no perder tiempo en el caso de que el irlandés utilizara alguno de ellos.

El sonido de las sirenas le advirtió que había llegado el momento que esperaba. Sacó de su bolsillo la ficha de Alfred O'Maes, que le había facilitado el empleado de la «Atlas», y en la cual la fotografía del carpintero daba una buena ayuda para la identificación.

Casi al instante empezaron a pasar los coches, algunos de ellos lujosos y

la mayoría modelos anticuados. La carretera era estrecha, y tal como estaba situado Peter con su «Ford» alquilado, se veían obligados a pasar uno a uno a su lado, lanzándole miradas de enojo por lo que estorbaba, pero sin hacer comentarios. Así pudo, en rápida mirada, examinar a todos los ocupantes de los vehículos. Pero algunos grupos también abandonaban el trabajo a pie. Pasaban despacio, charlando animadamente y llevando las cajas de la comida. El trabajo del Agente de Inmigración se hizo más difícil. Afortunadamente Alfred O'Maes venía solo, por el mismo borde de la carretera, y pasó casi rozándole. Lo reconoció en seguida.

«Bien — se dijo—. Ahora procuraré hacerlo lo peor posible. Un hombre en las condiciones de éste no puede estar demasiado seguro de sí mismo. No será difícil asustarle.»

Puso el motor en marcha y empezó a seguir lentamente al irlandés. Era un hombre alto, de espaldas fornidas, con el pelo rojizo. Efectivamente se volvió un par de veces extrañado, para mirar al coche que le seguía, pero no pareció darle mucha importancia.

Vivía en el piso bajo, en una casa grande de ladrillo sucio. Cuando llegó a ella descendió la pequeña escalera, mirando a través de los barrotes al «Ford» que se había detenido. Empujó la puerta de cristales, y entró decidido. En seguida se encendió una luz, y la silueta del carpintero se destacó detrás de los visillos.

Peter sonrió. El hombre era suspicaz, tal como se había imaginado, o estaba preocupado por algo. Bajó del coche, y encendiendo un cigarrillo se quedó apoyado en la portezuela, sin perder de vista la casa. Así estuvo varias horas, hasta que la calle quedó desierta.

Al fin la luz se apagó. Dudó entre marcharse para volver por la mañana, o quedarse allí toda la noche. Alfred no parecía muy duro; sería suficiente darle otra sesión al día siguiente.

Iba a abrir la portezuela, cuando un ligero ruido le sobresaltó. Había sido en la casa de Alfred. Miró bacía ella sin ver nada que le alarmara. De todos modos decidió acercarse. Lo hizo con precauciones, oprimiendo la pistola que llevaba en el bolsillo de la chaqueta. Cuando llegó a la escalera comprendió de que se trataba.

Él irlandés había abandonado su vivienda, y con una pequeña maleta trataba de alejarse sigilosamente, pasando por debajo de la escalinata de piedra que daba acceso a los pisos superiores, para salir a la calle unos cuantos metros mas allá, cerca ya de la esquina. Vio al agente y lanzó una exclamación. Soltó el equipaje y corrió hacia el.

—¡Maldito asesino! — barbotó furiosamente—. ¡No te saldrás con la tuya!

Peter no se entretuvo en discutir sobre lo adecuado del tratamiento. El irlandés era más alto que él, y estaba como loco. Se inclino rápidamente

cuando se le venia encima, y con movimiento hábil lo volteó sobre la cabeza. El atacante cayó en los escalones con un ruido sordo, y se quedo unos instantes resoplando y mascullando amenazas. Peter se acerco decidido a terminar la pelea, cuando se dio cuenta de que el hombre esgrimía en la mano una navaja que lanzaba destellos apagados. No quiso usar su pistola, pues tenía que hacer hablar a su enemigo. Le golpeo con el pie en el brazo, para hacerle soltar el acero, pero el otro aguanto firme, y espoleado por el dolor salto sobre él, empuñando firmemente la navaja.

—¡Déjame paso! ¡Os habéis confundido conmigo, bandidos!... — grito, lanzando al aire feroces cuchilladas que Peter trataba de esquivar como podía.

Afortunadamente el irlandés había perdido la serenidad. Le sujetó con fuerza la muñeca armada y la retorció fieramente, mientras con la otra mano le golpeaba en el estómago. El hombre soltó la navaja y se encogió sobre sí mismo, al borde de la inconsciencia, pero era más bravo de lo que Peter imaginara. Sin cesar de gemir logró incorporarse, y se abrazó a él derribándolo al suelo.

Los dos hombres se debatieron furiosamente. Rodaron sobre el estrecho descansillo, y empujando la puerta de cristales pasaron a la vivienda de Alfred, tirando muebles y armando un gran estrépito. Peter pudo desasirse de su contrincante, y colocó su ancho puño, con toda la fuerza de que era capaz, entre los dos ojos del irlandés, que sin decir palabra alguna quedó inmóvil, medio tumbado entre una vieja butaca y la puerta.

El agente del Departamento de Inmigración se puso en pie, respirando entrecortadamente. Unas voces se acercaron, y casi inmediatamente la maciza silueta de un policía de uniforme se encuadró en la puerta.

—¿Qué ocurre aquí? ¿Qué escándalo es éste? —Vio al caído y se acercó a él presuroso, ordenando a Peter—: ¡No se mueva usted! ¡Me parece que tendrá muchas cosas que explicar!

Robertson observó un par de rostros curiosos al otro lado de los barrotes, y sin responder al policía cerró la puerta, bajando los visillos. Luego dijo calmosamente, mientras tomaba su credencial:

—No se asuste, guardia. No tiene más que un golpe; en seguida volverá en sí. Vea esto, y procure que la gente de ahí fuera se vaya a sus casas...

El policía lanzó una ojeada al carnet de Peter. Se cuadró, y saludó respetuosamente al agente.

—¡Perdone, señor! ¿Este tipo ha entrado ilegalmente? Hace tiempo que vive aquí...

—Eso tengo entendido. Será mejor que nos deje solos. Quédese por ahí fuera. Ya le llamaré si le necesito.

—Como quiera. Pero parece de cuidado. Sería mejor que estuviera con usted.

—No es necesario. —Sacó su pistola—. Ahora estará más razonable.

¡Salga en seguida, que vuelve en sí!

El policía obedeció, y Peter le oyó hablar con los curiosos, que se alejaron a regañadientes. Alfred se movió un poco y abrió los ojos. Miró rencorosamente al agente, y su mirada se detuvo en la pistola. Se estremeció, y dijo con voz ronca:

— ¡No irá usted a matarme! ¡Le oirían! ¡Además, yo he pagado siempre bien! ¡No pueden quejarse! ¡Me oye? ¡No pueden quejarse!

Parecía tremendamente asustado. Su energía de antes había desaparecido por completo. Tenía la mirada fija en el arma. Peter le ordenó:

—Levántese y siéntese en esa butaca. No haga ninguna tontería, pues soy un tirador más que regular. —Cuando el hombre hubo obedecido, continuó—: Ahora me va a explicar por qué huía hace unos instantes. ¡ Se marchaba de la ciudad?

El irlandés se frotó las manos antes de responder:

—No. Es que... iba a otra casa. Sí, eso es... ¡Pero no me marchaba! El sábado próximo llevaré mi parte, como siempre.

No quiso torturarle más. Aquel hombre estaba desmoralizado por el terror.

—Veamos, Alfred. Usted me ha confundido con alguien. Soy un agente del Departamento de Inmigración. Siento mucho decirle que ha sido usted descubierto, y será deportado inmediatamente. Se avisará al cónsul de su país, y si salió de allí también clandestinamente, permanecerá detenido hasta que su situación se resuelva...

Alfred se había puesto en pie, y le miraba perplejo. Sólo pudo decir:

—¡Eso no es cierto! ¡Yo tengo mis papeles en regla! ¡Es usted un impostor!

—Vea mi carnet. Su caso está claro, pero le queda una esperanza, Alfred. Si nos ayuda en un trabajo que tenemos entre manos, quizá podamos legalizar su situación. Dígame, ¿a quién teme usted? ¿Quién creyó que era yo, hace unos momentos? ¿Por qué me llamó asesino?

O'Maes palideció y se quedó inmóvil, sin contestar a las preguntas del agente. Volvió a sentarse, y bajó la cabeza. Peter repitió la interrogación, pero inútilmente. El irlandés había caído en un mutismo obstinado. El agente comentó:

—¡Está bien! Con su cobardía y con la de otros como usted los asesinos de Gino seguirán impunes. ¡Y quizá antes de que la policía le detenga, corra usted su mismo destino!

El irlandés levantó la cabeza. Pareció haber recobrado parte de su energía. Los ojos le brillaron con decisión.

—Es cierto — respondió—. Ya veo que está enterado de bastantes cosas. Estoy dispuesto a ayudarle. ¡Esos cochinos no seguirán burlándose de mí!

—Perfectamente. Veamos qué es lo que sabe. Empiece por contar cómo entró en el país. Y tenga en cuenta que de su sinceridad dependerá que pueda vivir aquí como un ciudadano libre.

—¡Ya no me preocupa eso! Pero exijo protección.

—La tendrá.

—No puedo regresar a Irlanda. Como usted supone, salí de allí sin autorización. Embarqué en un petrolero que iba a Venezuela. De allí pasé a Méjico, pues mi ambición era entrar en los Estados Unidos. Estuve mucho tiempo rondando por la frontera, sin decidirme a cruzarla, púes sabía que, sin documentos sería un hombre perdido. En Nuevo Laredo conocí a un hombre, un yanqui. Nos hicimos amigos. Ahora me doy cuenta que fue él quien buscó mi amistad. Total: él se comprometió a facilitarme un visado en el pasaporte con apariencias de legalidad, y un permiso de residencia. Me aseguró que nadie dudaría de su validez. Yo no estaba en situación de tener demasiados escrúpulos. Le di por ello todo lo que me quedaba, y con otros dos hombres, un italiano llamado Gino y un colombiano, pasamos la frontera de noche. Unos amigos de aquel yanqui nos acompañaron, y desde entonces no se separaron de nosotros. Abusando de nuestro desconocimiento de todo, nos manejaron a su antojo, y por fin nos trajeron a Austin. Tenían informes de que la «Atlas» necesitaba mano de obra. Efectivamente, nos admitieron a los tres. Todo pareció marchar de maravilla para nosotros. El salario era alto, y buscamos alojamiento estable. Pero en seguida se complicó la situación, y nuestros generosos amigos descubrieron su juego. Nos plantearon la cuestión abiertamente; teníamos que pagarles todas las semanas la mitad de nuestro salario. Si no lo hacíamos, nos denunciarían a las autoridades. Y bastaba consultar en Washington para ver que nuestros documentos eran falsificados. El terror se apoderó de nosotros, y... pagamos...

Alfred se detuvo. Peter veía ahora con claridad todo el asunto. Una típica organización criminal, como muchas que se montaban en el país, utilizando la violencia y la coacción como armas.

—Continúe — exhortó al irlandés—. Falta lo más interesante. ¿Quiénes están tras el asunto?

—No lo sé. No he vuelto a verlos, y se cuidaron mucho de no dar a conocer sus nombres.

—Pero usted tiene contacto con ellos cada semana... ¿No es eso ?

—Uno me espera los sábados en un bar. No hemos cambiado más de un par de palabras cada día. No tengo muchas ganas de hablar cuando tengo que darles la mitad de mi dinero; esa es la verdad... Pero ya ve lo que le sucedió a Gino cuando se negó a hacerlo... No le denunciaron; prefirieron asesinarlo. Me llamaron por teléfono para decirme que su muerte me sirviera de advertencia. Desde entonces estoy asustado. Cuando me di cuenta de que usted me seguía; creí que me había llegado también la hora.

Era bastante amigo de Gino, y los dos habíamos hablado de escapar de aquí… Ahora ya es demasiado tarde.

El agente de Inmigración le hizo otras preguntas, pero no pudo sacar más en limpio. El irlandés había dicho todo cuanto sabia; era evidente. Los organizadores de aquel asunto se previnieron adecuadamente, y mantenían su identidad en el mayor secreto.

—Somos muchos — dijo Alfred a una pregunta de Peter—. Sé que hay varios aquí y en otras ciudades del Estado, y en Arizona y California. Esos bandidos llevan tiempo con el negocio, que debe producirles buenos dólares…

—Veamos ese pasaporte y los demás permisos. Debe tratarse de obras de arte en la falsificación.

—Lo siento mucho, pero no los tengo en mi poder. Olvide decirle que después de entrar en la «Atlas» vino un día por aquí el individuo de la taberna y me los pidió con el pretexto de que había que colocar en ellos no se que visado. Eso fue antes de que empezaran a exponer sus exigencias. Luego, naturalmente, no me los han devuelto. Me dijo que si los necesitaba podía pedírselos el primer sábado que nos viéramos. Esta situación es lo que ha ido alterando mis nervios, siempre temeroso de ser detenido.

Peter, que había escuchado la narración apoyado en una pequeña mesa, dio por terminado el interrogatorio.

—Tome de nuevo la maleta, y venga conmigo. Mi amigo Paterson, de la policía de aquí, tendrá mucho gusto en ofrecerle alojamiento hasta el sábado. Le acompañaré ese día a visitar a su amigo, el recaudador del bar…

CAPITULO IV

La víspera del domingo, cuando grupos de gente con ropas claras salían hacia los fines de semana en la costa, en Matagorda o Corpus Christi, ocupando los descapotables, ferrocarriles y autobuses, Peter Robertson, acompañado por el carpintero irlandés, dejó el despacho de Paterson para dirigirse al bar de la calle Boerne, donde Alfred tenía su cita semanal con el hombre del «gang» que había montado aquel indignante asunto de los inmigrantes.

Era un pequeño local con sala de billares, mal iluminado y lleno de humo. Los dos hombres se detuvieron frente a él.

—Procederemos con cuidado. Quizá esa gente haya descubierto que ha dejado de asistir al trabajo y abandonando la casa. Debemos tener eso en cuenta — dijo Peter—. ¿Viene siempre solo?

—Sí. Me espera en el fondo. En cuanto le doy el dinero lo cuenta y se marcha. Últimamente quise detenerlo, pidiéndole que me devolviera los documentos, pero no me hizo caso.

—Vamos. Pase usted primero y acérquese a su mesa. Le da el sobre con los papeles. Esa será la señal para que yo intervenga. Confío en que todo saldrá bien.

El irlandés hizo un gesto de conformidad, y avanzó decidido hacia la taberna, seguido a pocos pasos por el agente. Empujó la puerta de cristales, y pasó al interior. Casi al instante lo hizo también Peter, que vio al hombre cruzar por entre las mesas y adentrarse en un salón obscuro, donde un par de jugadores de billar manejaban sus tacos en mangas de camisa. Al otro lado, junto a la pared, un individuo delgado, de fino bigote negro, sorbía calmosamente un gran jarro de cerveza.

Alfred se encaminó hacia él con aire decidido. Cuando estuvo ante la mesa se detuvo, mientras el bebedor levantaba los ojos y sonreía cínicamente.

— ¡Hola! ¿Traes eso?

Alfred, sin decir palabra, tiró sobre la mesa el sobre azul. Volvió la cabeza para buscar a Peter, que contemplaba la escena apoyado en el marco de la puerta, lanzando al aire bocanadas de humo, con aire indolente.

El «gángster» había abierto con dedos nerviosos el sobre, y un montón de papeles blancos quedó ante él. Estuvo unos instantes callado, seguramente sorprendido, pero en seguida reaccionó.

—¿Qué broma es esta, maldito irlandés? ¿Crees que te vas a burlar de nosotros?

Se puso en pie y sujetó por las solapas a Alfred, agitándole con fuerza. Peter tiró el cigarro y cruzó la sala a grandes zancadas, empujando a uno

de los jugadores, que no había prestado la menor atención al incidente. Llegó junto al ofendido hombre del bigote, y con un tirón brusco soltó al irlandés de sus manos.

—¡Lárguese de aquí! — gritó el «gángster»—. ¡Este asunto no le incumbe!

—Se equivoca. Sera mejor que se calme un poco y venga conmigo. El inspector Paterson tiene interés en hablar con usted. Quiere que le explique ciertos aspectos de este negocio, y también lo que sepa sobre cierto italiano llamado Gino Martinelli...

Un silencio extraño siguió a las palabras del agente. El bandido retrocedió unos pasos, mirándole fijamente. Los dos jugadores de billar habían detenido su partida, y con los tacos inmovibles observaban asimismo a Peter. Este se dio cuenta demasiado tarde de que estaba en una ratonera. A su espalda, unos pasos lentos iban acercándose, mientras el «recaudador» hablaba con frío acento:

—Tendré mucho gusto en acompañarle. Ya veo que es usted amigo de Alfred. ¡Me encanta que este chico haga amistades!... ¡Le aseguro que si! Pero primero habrá que aclarar algo...

Peter se movió rápidamente, cuando ya los dos hombres del billar estaban tras el. Se apoyó en la pared, haciéndoles frente, y sacó a relucir su pistola.

—Creo que serán sensatos — sugirió amenazador—. ¡Alfred! ¡Salga al bar y llame por teléfono a Paterson! Yo esperare aquí su llegada. Y será mejor que ninguno se mueva...

El «gángster» sonrió levemente, sin impresionarse por las palabras del agente. Los otros hombres, que no habían dejado los tacos, permanecían impasibles. Alfred dudo unos instantes, visiblemente asustado por los acontecimientos. Después muy despacio, empezó a alejarse hacia la puerta. El «recaudador» se movió impaciente.

—Yo que tú no haría eso, irlandés. No estás en situación de ponerte al lado de la Ley. Te encerrarán por una buena temporada, aunque ahora te prometan muchas cosas... ¡Vuelve aquí!

O’Maes se detuvo, para seguir después su marcha. Repentinamente la calma se rompió en la reducida estancia en la que las grandes mesas de billar apenas dejaban espacio para moverse. Se produjo un estrepito espantoso. Uno de los jugadores de billar había levantado su larga vara, intentando golpear el brazo armado del agente, quien dándose cuenta del movimiento lo esquivó, y sin esperar más demostraciones de habilidad, disparó sobre su enemigo; éste quedó recostado sobre una de las mesas, para caer después al suelo lentamente. Alfred gritó alarmado. Estaba de cara a ellos, cerca de la puerta. Peter miró al «gángster» del bigotito y vio algo que salía lanzado bruscamente de sus manos. Hubo un golpe apagado, y el irlandés se llevó las manos al pecho, profiriendo un gemido. Dio unos

pasos hacia el agente de Inmigración, y trató de sujetarse a él.

Peter quiso apartarlo, pues se interponía en la línea de tiro, pero no pudo conseguirlo. Los dos enemigos que quedaban en pie se dieron cuenta de la oportunidad. El jugador abrió una puertecilla y salió rápidamente, seguido del hombre delgado.

Se libró del abrazo de O'Maes y corrió hacia la salida, pero ya era demasiado tarde. Los dos fugitivos habían desaparecido.

Volvió a entrar, y dedicó su atención al irlandés. Estaba recostado en la pared, y pudo ver la empuñadura de un cuchillo pequeño, muy parecido al que causó la muerte de Gino y que Paterson le mostrara, que asomaba bajo el pectoral izquierdo. Alfred sonrió; no parecía demasiado atemorizado.

—¡Animo, hombre! ¡No es nada grave! Unos centímetros más arriba, y no lo cuenta. No se mueva, y espere a que le recojan. Su parte en esta aventura ya ha terminado. Desgraciadamente el hombre se ha escapado; debí suponer que tendría algunos compinches con él...

El dueño del establecimiento estaba contemplando la escena desde la puerta. El agente le interrogó severamente:

—¿Conocía usted a esos tipos?

—No, señor. No tengo nada que ver con ellos. Eran clientes. Aquí entra todo el que quiere. La policía ya sabe que no me gusta meterme en líos...

—Está bien. Ya se aclarará eso. Llame a la Brigada Criminal, que envíen a recoger a estos hombres. Diga que hay un herido y un cadáver. Porque ese otro no jugará más al billar...

Después él mismo habló con Paterson, quien se apresuró a acudir al bar. Alfred se había desmayado.

—¡Vaya escabechina! Yo creí que los agentes de Inmigración eran una especie de burócratas de vacaciones. Espero que al menos tendrás licencia de armas — bromeó el policía.

—No estoy para guasas, Paterson. Ha sido de lo más desdichado. Además de herir al irlandés, se me ha escapado el sujeto que buscaba. Fíjate en ese puñal. ¿Qué te recuerda?

—¡El de Gino! ¡Es casi exacto! ¡Hay que dar en seguida con ese hombre! No puede estar lejos.

En aquel momento llegó la ambulancia, y se llevaron al herido. El inspector de policía empezó a interrogar al dueño del bar, tratando de sonsacarle todo lo que supiera sobre el hombre del bigote negro, pero era indudable que conocía pocas cosas. Se presentaba allí únicamente los sábados, con aquellos otros dos hombres. Siempre hacían lo mismo: dos de ellos jugaban, y él esperaba la visita de Alfred. En seguida se marchaban y le daban una buena propina.

—Vamos a preguntar en otros bares. Si tenían varios infelices a quienes explotar, seguramente se citarían con todos ellos los sábados en distintos locales y a distintas horas — dijo Peter.

Efectivamente, cuando describieron al hombre en algunos establecimientos, le reconocieron. En cada sitio se reunía con un extranjero, precisamente los sábados. Estaba claro.

—Es un «gang» completo — comentó Paterson—. Habrá otros «recaudadores» en la ciudad y en las demás donde tengan primos. Ganan dinero con la venta de documentos falsificados y luego un ingreso permanente. Y que son gente peligrosa es evidente. Debieron de eliminar a Gino con el propósito de atemorizarlos. Habría síntomas de rebelión...

—Estoy desesperado. Ahora empezará un trabajo lento, con interrogatorios de sospechosos, investigaciones minuciosas... En fin: lo contrario a mi temperamento. ¿Sabes lo que estoy pensando? Que tú puedes ocuparte de buscar al asesino del italiano. Es cosa de tu jurisdicción. Yo he decidido ahora mismo hacer un viaje al otro lado de la frontera...—anunció Robertson.

—¿Qué estás tramando? Te conozco bien y temo tus proyectos.

—Una experiencia nueva. Voy a convertirme en un inmigrante europeo, un francés llegado a Méjico en el sollado de cualquier carguero, que trata por todos los medios de entrar en Estados Unidos a probar fortuna. Tú sabes que mi madre era francesa, y desde niño hablo ese idioma con el más puro acento parisino. Y tengo un aire bastante inocente para que las águilas de este «gang» me elijan como miembro de su sociedad de incautos...

— ¡Estás loco! ¿Qué sabemos de sus procedimientos? Quizá hayan dejado ya de trabajar.

—No puedo hacer otra cosa. Tengo que ver esos famosos documentos y ponerme en contacto con quien los hace. Es mi obligación, y trataré, como siempre, de agotar todos los procedimientos para cumplirla...

CAPITULO V

En el avión de la «American Airlines», Peter Robertson voló hacia Monterrey, en Méjico, organizando mentalmente el trabajo que debía emprender en la frontera. Llevaba unas grandes gafas obscuras, con las que trataba de ocultar su rostro a posibles miradas indiscretas.

El aparato pasó sobre Laredo y la corriente impetuosa del Río Grande, que atraviesa las desiertas y áridas tierras de la divisoria, rumbo hacia el Golfo. Cruzo sobre Nuevo Leon, y poco después evolucionaba por encima de Monterrey, para enseguida posarse en una de las pistas del aeropuerto.

Saltó de la cabina y acudió a la oficina de la Aduana, donde mostró su equipaje y documentación verdadera, no haciéndolo con el pasaporte francés que llevaba en el bolsillo, facilitado por su Departamento, a nombre de Lucien Barrault. El avión que abandonara, reemprendió el vuelo en su último salto hasta la capital federal.

Se hizo conducir en un taxi al consulado norteamericano. El funcionario de su país le recibió con toda cordialidad.

—Encantado de verle por aquí, señor Robertson. ¿Algún trabajo especial?

—Sí, algo de eso. Quería de usted alguna información. Voy a Nuevo Laredo, en la frontera. ¿Es grande el número de inmigrantes que pasa por allí?

—No. Casi ninguno. Suelen hacerlo por El Paso o Tijuana. Por aquí muchos turistas de Texas, y siempre tenemos los que esperan su permiso de entrada y nos asedian diariamente para ver si ha llegado.

—¿Qué norteamericanos residen allí? ¿Tiene noticias de ellos?

—El cónsul de Nuevo Laredo podrá dárselas, pero no es fácil controlarlos. Ya le digo que constantemente pasan la frontera. Y es triste confesar que muchos de ellos no prestigian demasiado a nuestro país. Aventureros de la peor especie caen por aquí para dedicarse a sucios negocios...

—Eso tengo entendido. Detrás de uno de esos asuntos estoy yo. Ya le contaré algo en otra ocasión. Ahora voy a pedirle a usted un favor; quiero que se quede usted con mi documentación. Necesito varias cosas: un traje algo usado, algunas fotografías de tipo familiar... unas cartas imaginarias... Quiero convertirme en un francés medio vagabundo. En Lucien Barrault. Es mi segundo apellido. Vea el pasaporte de que dispongo. República Francesa...

—No le entiendo. ¿Que es lo que se propone usted?

—Voy a servir de cebo. Si usted puede hacerse con esas cosas, yo entretanto me informaré sobre la peor manera de ir a Nuevo Laredo. Quiero decir la más económica.

—Me ocuparé de ello — contestó el cónsul, menos extrañado —. Deme un par de horas. Quizá el cónsul francés me ayude; es buen amigo mío.

De acuerdo ya, Peter salió a la calle, dirigiéndose a un hotel que le había recomendado el mismo cónsul. Dejó en él su maletín y se informó de que había una antigua línea de autobuses para la frontera, aunque era preferible usar los nuevos «pullman». Esperó aburrido que le llegaran las noticias del cónsul, y al fin se presentó un muchacho con una vieja maleta de lona, preguntando por él.

—Yo soy Robertson. Dame eso — le dijo.

Subió a su habitación, y examinó el contenido de la valija. Había un traje gris muy deslucido, aproximadamente de su talla, y una cartera de bolsillo con unas fotografías de mujeres y un hombre de edad. Peter sonrió.

—Este debe ser mi padre — comentó—. Veremos qué dosis de imaginación tiene este funcionario.

También le enviaba una factura vieja de un hotel de Marsella, y otros papeles con los cuales podía someterse a un registro con muchas posibilidades de aparecer como lo que pretendía ser, un inmigrante francés. Incluso había una carta fechada en París y dirigida a un tal Lucien Barrault, hablando de una historia sentimental. La arrugó un poco, pues estaba demasiado nueva.

— ¡Una persona hábil este cónsul! —se dijo, examinándolo todo con cuidado.

Procedió a vestirse el traje, que le quedaba bastante bien. Luego con todo cuidado colocó en sus bolsillos las cosas, evitando nada que pudiera ser sospechoso. En la cartera puso unos cuantos dólares, y en el bolsillo interior del chaleco el resto, hasta una cantidad bastante crecida. De los objetos de su pertenencia sólo conservó la pistola, a la que no creyó necesario ni prudente renunciar.

En su propio maletín guardó como pudo su ropa y las cosas que no llevaba. Lo cerró, y bajó a la recepción del hotel.

—Siento mucho tenerme que marchar ahora mismo. He recibido noticias imprevistas. ¿Serían tan amables de enviar este maletín al consulado norteamericano? Es de suma importancia.

El encargado le miró sorprendido por el cambio operado en él. Llevaba una camisa azul marino, sin corbata, y un viejo sombrero grasiento. Y a sus pies tenía la maleta, con aspecto de haber viajado muchas millas.

—¡Desde luego, señor! ¿Quiere que llame a un coche?

—No es necesario. Hágase cargo del maletín, y deme la cuenta.

Abonó su importe, y cogiendo la maleta salió a la calle, convertido ya en Lucien Barrault. Con un poco que le ayudara la suerte, todo saldría bien.

Despacio cruzó la ciudad, dejando la parte moderna y entrando por

unas callejuelas antiguas, en las que aun se apreciaban reminiscencias de la antigua arquitectura colonial. Muchas rejas forjadas, fachadas encaladas y arcos airosos, en los que se apoyaban indios morenos y muchachas de largas faldas y blusas multicolores.

En una plaza grande y soleada, en cuyo lado principal se alzaban las torres de una bella iglesia plateresca. y junto a la fuente central, un viejo autobús empolvado y sucio, ya ocupado por varias mujeres y hombres del campo y con la boca llena de bultos y cestos, esperaba nuevos pasajeros para salir a la carretera.

Se acercó a un hombre grueso que charlaba con el conductor, y le preguntó en francés:

—¿Es éste el coche para la frontera?

El hombre le miró de arriba abajo, y luego sonrió despectivamente, antes de responder en español:

—¡No le entiendo, amigo! ¿Qué tripa se le ha roto?

Peter sonrió tímidamente y repitió la pregunta en inglés, con un cerrado acento gálico. El hombre rio entonces abiertamente y contestó en el mismo idioma:

—Sí, señor. Esta es la carroza. Pero quizá prefiera hacer el viaje en los coches modernos. Vaya a la estación de autobuses...

Peter insistió en su papel. Sin hacer caso de las palabras del otro, dijo:

—Necesito ir a Nuevo Laredo. ¿Cuánto vale el viaje?

—¡Ah, vamos! ¿Poco dinero, eh? Pues en este cacharro llegará lo mismo y sólo por cuatro dólares. Pago anticipado, por supuesto.

Tendió la mano expresivamente. Peter sacó su cartera y contó los billetes, que dejó en poder del otro. Tomó el boleto que le dieron, y subió al coche.

Se sentó junto a la ventanilla. El cobrador de la línea se reía con el conductor, y hablaba en castellano, que Peter entendía perfectamente. Estaban refiriéndose a él.

—¡Ese tipo es otro aspirante a yanqui! ¡Te juego lo que quieras a que le vemos en Nuevo Laredo cada vez que vayamos! Mañana mismo estará rondando la «Puerta Dorada» y poniendo cerco al consulado americano —decía el gordo.

El mecánico hizo también sus comentarios, y en seguida, consultando su reloj, anunció a grandes voces:

—¡Nos vamos! ¡Nos vamos!

El viejo motor empezó a toser, y toda la carrocería a temblar. Arrancó bruscamente, dando un gran salto que produjo algunas exclamaciones entre los pasajeros. Una gallina que reposaba tranquilamente en una cesta, revoloteó sobre las cabezas, en tanto su dueña procuraba cazarla antes de que saliera por una ventanilla.

—¡Jesús! ¡Este bicho me quiere dar un disgusto!

El cobrador había subido al vehículo, y ya en marcha cerró la puerta de golpe. Se dejó caer en un asiento con satisfacción. Pocos minutos después el autobús rodaba por una polvorienta carretera; los modernos turismos, de último modelo, le dejaban atrás, desapareciendo en el horizonte envueltos en una nube espesa.

El calor se hacía insoportable dentro del vehículo. En varios poblados se detuvieron para recoger nuevos pasajeros, todos ellos gente del campo, con gran cantidad de paquetes. Miraban a Peter con curiosidad, pero él no abrió la boca en todo el trayecto.

Ya era de noche cuando llegaron a Nuevo Laredo, fin del viaje. La ciudad estaba profusamente iluminada. Letreros de neón anunciaban los bares y los lugares de diversión con nombres típicos. Un gran número de automóviles, la mayor parte de ellos con matrícula de Texas, esperaban a sus ocupantes, que estarían visitando los sitios más característicos.

El agente del Departamento de Inmigración salió del autobús y se alejó de prisa. Tenía frente a él la calle principal. Pasó por ella, llevando su vieja maleta casi vacía. Prefirió mirar en otra vía menos concurrida. En seguida encontró un letrero en inglés que anunciaba una casa de hospedaje económica. Era una estrecha puerta, al pie de la cual se iniciaba una escalera empinada y mal alumbrada. La subió asqueado, sintiendo en la cara el tufo de la miseria.

Al final estaba el mostrador del dueño.

—Quiero una habitación.

—Son diez dólares a la semana. Y por adelantado.

Le pagó lo que le pedía, y entró en el cuarto. Una cama de hierro oxidado, un lavabo sin agua corriente y un par de sillas, constituían todo el mobiliario.

—Espero que esto dure poco. Llevo muchos años persiguiendo a los inmigrantes clandestinos, pero después de esta experiencia voy a tenerles casi cariño — murmuró desalentado.

Tiró sobre una silla la maleta, y volvió a salir a la calle. Poco después, sentado ante la mesa de madera de un restaurante modesto, comía con apetito un guisado de carne demasiado picante.

CAPITULO VI

Nuevo Laredo era menos atractiva de día que de noche. Seguían viéndose grupos de turistas, que recorrían los comercios adquiriendo recuerdos típicos. Pero el calor ponía un paréntesis a la actividad, y todo parecía dominado por el signo de la indolencia.

Peter Robertson, que ya había dado muchas muestras de su habilidad para hablar un inglés dificultoso, mezclado de palabras francesas, hizo su primera visita al puesto fronterizo aquella mañana. La «Puerta Dorada», como la conocen los que esperan

una autorización para pasarla, que nunca llega, era una sencilla barrera de tela metálica, que se interponía entre Laredo, en Texas, y Nuevo Laredo, en Méjico. A ambos lados de ella se alzaban los despachos aduaneros respectivos. El mejicano en una casita blanca, como a veinte metros de la línea, y la americana contigua a la barrera, detrás de la cual un guardia fronterizo vigilaba.

Se quedó contemplándola con el aire de quien ve en aquel obstáculo de alambre la entrada al paraíso. Después de presenciar cómo se abría repetidas veces para dejar paso a los automóviles, en ambas direcciones, se acercó al consulado norteamericano.

Había varias personas aguardando en el vestíbulo del mismo. Todas estaban silenciosas, sumidas en sus propios pensamientos. Peter se sentó en un extremo del banco, esperando no sabía qué. Bruscamente se abrió una puerta para dar paso a un joven rubio, que anunció con indiferencia:

—No hay nada para ustedes. No ha llegado ningún permiso de entrada.

Los que aguardaban se levantaron de sus asientos, y fueron abandonando la habitación. Peter se quedó, y cuando todos hubieron salido, se dirigió hacia el empleado, que lo miraba impaciente.

—Desearía hablar con el señor cónsul — le dijo, recalcando el acento.

—Está bien. Pase usted, pero le ruego que sea breve, pues está muy ocupado.

Peter entró con aire turbado en el despacho. El funcionario yanqui era un hombre de edad. El muchacho rubio se quedó, esperando con curiosidad.

—¿Qué desea usted? — preguntó el cónsul —. Tengo poco tiempo...

—Yo... desearía entrar en los Estados Unidos. Quiero trabajar allí.

—¿Es usted francés?

—Sí, señor.

—El cupo para Francia ha sido agotado ya este año. Ya sabrá que esto es importante. Déjeme ver su pasaporte.

Peter se lo mostró. El cónsul hizo observar la falta de visado de su país. Luego dijo:

—Bien. Ya le digo que no puedo hacer nada por usted. Extienda una solicitud al Departamento de Inmigración, para ser incluido en el cupo de libre elección. Tendrá que esperar a que decidan sobre ella. Este señor le ayudará.

Hizo un gesto con la mano. El joven le tiró del brazo.

—Venga conmigo; le daré el impreso.

Salieron al antedespacho. Allí el empleado le entregó un formulario que tenía que llenar en todos sus puntos.

—Tiene que decir si hay alguien en el país que le garantice y se haga responsable de su manutención, y de repatriarle en caso necesario. Eso de no tener un contrato de trabajo.

—No conozco a nadie — se lamentó Peter.

—Entonces sólo podrán autorizarle en caso de que disponga de dinero suficiente para vivir un tiempo prudencial, sin ser una carga para el Estado. ¿Dispone usted de ello?

—Creo que sí, podré defenderme. He estado trabajando mucho tiempo en Sudamérica, y tengo algo ahorrado — el agente de Inmigración continuaba manteniendo la comedia, decidido a no confiar en nadie.

Cuando hubo terminado, dejó el consulado.

El resto del día lo invirtió en andar incansablemente por la ciudad, y en pararse en casi todos los bares para beber cerveza. Dio también varios paseos hasta la barrerá, quedándose largo rato mirando, con expresión nostálgica, cómo los coches se alejaban, ya en territorio de Texas.

Así transcurrieron dos días que se le hicieron interminables. Durante ellos volvió al consulado para hacer tiempo en el vestíbulo, y ver cómo el joven rubio les comunicaba el eterno: «No hay nada para ustedes». A él le advirtió que tendría que esperar un par de semanas, por lo menos, pero se presentó al otro día, fingiendo gran impaciencia.

Estuvo a punto de echarlo todo a rodar, porque no era propio de su carácter, aparentemente tranquilo, pero bullendo de nerviosismo en el interior, aquella espera. Las largas horas que permanecía semitumbado sobre las mesas de los bares, o apoyado en la aduana mejicana, contemplando la «Puerta Dorada», parecían no concluir nunca. Y nadie se dirigía a él como había esperado, ni parecía interesarse por los asuntos del inmigrante francés Lucien Barrault.

En la noche del segundo día, cuando estaba contemplando una discusión violenta entre dos mejicanos, sentado a la puerta de una taberna, cerca de la frontera, un hombre fuerte, vestido con un arrugado traje blanco de hilo, se sentó junto a él, sin ninguna ceremonia, y le abordó de sopetón.

—¿ Aburrido eh?

Peter lo miró fríamente, y sin contestar le volvió la espalda para continuar contemplando la reyerta, fingiendo una indiferencia que no

sentía, pues su corazón había dado un salto cuando oyó hablar al hombre, y se dio cuenta de que era un tejano.



...pues su corazón había dado un salto cuando oyó...

—No me extraña. — El otro no se dio por ofendido —. Esto de esperar días y días a que llegue el permiso de entrada, es tremendo. Le he visto a

usted por la «Puerta Dorada» y entrar varías veces en el consulado. ¿Francés, no?

Peter se volvió hacia él. Era de mediana edad, y tenía un rostro simpático con una sonrisa bonachona.

—Sí, soy francés. Y siempre había creído que los americanos apreciaban a mí país, que tanto les ayudó en momentos difíciles. Pero ahora veo que una cuestión de números es suficiente para dejarlo a uno pudrirse aquí de impaciencia... ¡Menos mal que de un momento a otro llegará mi permiso...!

Una carcajada amplia del otro le interrumpió. Cuando hubo terminado de dar salida a su regocijo, le golpeó en la espalda confianzudamente.

—¡Está usted listo! ¡Permiso de entrada! Si cree que va a llegar esa autorización, es usted un ingenuo. Se hará viejo esperándola. Se lo digo yo, que llevo mucho tiempo en la región...

—No le creo. El cónsul me ha dicho que pueden darme uno de los números del cupo libre. Yo no quiero estar aquí mucho tiempo, gastándome el dinero.

—Me es usted simpático. Me gustan los franceses, si, señor. Y siento que le tomen el pelo de esa manera.

—Muy agradecido. Pero lo que necesito no es simpatía, sino ayuda —dijo Peter, sordamente—. He hecho un viaje muy largo para llegar aquí, y no quiero volver fracasado...

—Es muy sencillo. Por cualquier sitio de la frontera se puede pasar de noche, con un poco de suerte. Los peones mejicanos lo hacen con frecuencia. Unas cuantas brazadas en el Río Grande, y ¡a Estados Unidos!

—¡Está usted loco! Sé lo suficiente para no hacer esa tontería. No quiero estar toda la vida huyendo de un lado para otro, sin documentación alguna y expuesto a ser expulsado cuando me crea más seguro. ¡No!—denegó, Peter, intentando levantarse.

El tejano le sujetó por la chaqueta.

—¡Siéntese! Estaba bromeando. Siéntese y escuche esto: entre hombres inteligentes como nosotros es fácil entenderse. Lo que le voy a decir es reservado, y cuento con su discreción. Yo sé quién puede ponerle un visado en su pasaporte con todos los requisitos y sellos en regla, y un permiso de residencia en Estados Unidos, completamente legales. Pasaran en la frontera, que hilan delgado, y en cualquier parte donde se los pidan. Fíjese lo que le digo, hay mucha gente en el país en esas condiciones...

Peter sentía un entusiasmo creciente y verdaderos deseos de reír. Por fin había conseguido lo que se proponía. Como tardara en responder, el hombre insistió insinuante:

—No sea idiota. Eso es lo que necesita. Si no es así, no pasará nunca la barrera...

—Eso costará mucho, supongo. ¿Cuánto?

El tejano sonrió. Se separo de la mesa y dijo tranquilamente, ya seguro de haber conquistado a su presa:

—Bastante, desde luego. Pero usted puede pagarlo. Le harían un precio especial de… pongamos dos mil.

—¡Dos mil! Eso es una barbaridad. Yo no tengo esa suma.

—Piénselo. Mañana por la mañana volveré aquí. Le hago este ofrecimiento porque me es simpático, ya se lo he dicho. Hay mucha gente que pagaría el doble por ello. ¡Dos mil y puede usted ir a cualquier lugar de los Estados Unidos! ¡Piénselo!

El desconocido se alejó, sin volver la cabeza. Peter le vio marchar. La polémica de los dos mejicanos había degenerado entre tanto en una riña. Uno de ellos se le vino encima, empujado por su contrincante, y derribó la mesa, tirándole sobre el pantalón el contenido del vaso. El dueño del bar acudió presuroso.

— ¡Largo de aquí, pelaos! ¡Llamaré a la policía! Perdone usted, señor. ¿Le han manchado mucho?

Peter, sin cesar de sonreír, tiró unas monedas sobre la mesa ya puesta en su lugar, y le apartó con suavidad.

—No se preocupe. En este momento nada puede disgustarme.

Y así era, en efecto.

CAPITULO VII

Muy de mañana, ya estaba el agente del Departamento de Inmigración esperando al tipo de la noche anterior. No le había precisado la hora de la cita, y acudió demasiado pronto. Al fin lo vio acercarse por la calle, enjugándose el sudor de la cara con un pañuelo, y apartando a los chiquillos que jugaban.

— ¡Buenos días! Al verle aquí ya comprendo que ha decidido aceptar mi proposición. ¿No es así?

—En efecto. Pero antes de darle el dinero tengo que ver los papeles.

—No sea usted tan desconfiado. Mi amigo está en Texas. No quiere arriesgarse a pasar aquí su material. Una vez que lleguemos allí, usted le da el dinero, y le serán entregados los documentos.

—No me gusta. No soy ningún ingenuo, y ya sé de varios casos en que han robado a individuos como yo, que llevaban encima todo su dinero...

El desconocido rio un poco violento.

—¡Vamos, amigo! Eso lo ha visto en el cine. Estamos entre caballeros. Le aseguro que yo en esto tengo una parte muy pequeña. Mi misión es hacerles pasar la frontera y llevarlos a donde mi socio. Fíjese en esto. Iré yo solo con ustedes.

—¿Ustedes? — preguntó Peter, extrañado.

—Sí. Además de nosotros, irá un señor mejicano y su hija, que también tiene dificultades con las autoridades de la frontera. Si acepta, será esta noche. Si empieza a dudar, no podrá luego arrepentirse. No volverá a tener otra oportunidad.

—Está bien, conforme. ¿De dónde salimos?

—Venga conmigo. Iremos a su hotel a buscar el equipaje. Diga que regresa a Méjico a gestionar su permiso... No conviene desaparecer misteriosamente; podrían investigar.

Lo hicieron así. Peter subió a su cuarto, y tomó la maleta.

—Me marcho a la capital — anunció al dueño del tugurio—. Como sólo he estado dos días, devuélvame el resto de la semana que le aboné.

—¡Imposible! Es el alquiler mínimo de una habitación. Yo no le impido quedarse la semana entera; si se va, es por su gusto. Esta es una casa seria. ¡Estaría bueno!

—¡Es usted un bandido!—le increpó Peter, divertido ante la desfachatez del individuo. Y para exasperarle un poco le gritó, mientras descendía la escalera—: ¡Ojalá se le queme su maldita covacha!

—¿Qué le ocurre? — le preguntó el hombre que le esperaba.

—Me estaba despidiendo del hostelero.

Caminaron al amparo de la sombra de las casas, pues el sol ya caída de plomo sobre los dos Laredos, y de las calcinadas tierras que los

circundaban llegaba un aire cálido y molesto. No volvieron a pronunciar palabra alguna hasta que llegaron a la puerta de una corralada. El acompañante de Peter llamó en la madera, de un modo evidentemente convenido de antemano. Se corrió una pequeña mirilla, y unos ojos negros les observaron. En seguida franquearon el paso.

Un mejicano magro y nervioso era quien había accionado los cerrojos.

—¡Buenos días!—saludó a los recién llegados.

—¡Hola! Continúa vigilando. Venga por aquí, francés. Se le hará un poco aburrido, pero forzosamente tenemos que esperar que sea de noche.

Peter miró recelosamente a su alrededor. Sabía que de acuerdo con los procedimientos de aquella gente, efectivamente le pasarían sano y salvo, al otro lado de la frontera, pero para dar mejor el tipo, hizo ademanes de alarma y se mostró todo lo suspicaz que le fue posible, llevando con frecuencia la mano al bolsillo de la chaqueta donde guardaba la pistola.

—No tema usted nada. Puede estar tranquilo, hombre. Nadie va a salir de detrás de una cortina para asaltarle. A propósito de asaltar, supongo que habrá traído el dinero, ¿no?

Peter contestó con un gesto afirmativo. Habían entrado en una habitación que tenía algunas sillas y otros muebles.

—Puede sentarse por aquí. Yo tengo que dejarle. No se mueva. Voy a buscar a nuestros compañeros de esta noche. ¡Ah! Una cosa se me olvidaba. No intente pasarse de listo y nos engañe con lo del dinero. Mi amigo es un poco violento. Ya que le hacemos el honor de no exigirle la presentación y pago anticipado de esa cantidad, espero que usted corresponderá como un caballero.

Robertson no contestó. Vio cómo el hombre salía de la habitación, y se quedó solo, impaciente y deseando que llegara la noche para trabar conocimiento con el falsificador.

Fueron unas horas larguísimas, que distrajo con una pequeña radio que había sobre una mesita, escuchando los programas de Houston. Cuando estaba pensando en lo bien que le vendría comer algo, el mejicano delgado entró con un cestito en el que había unas cuantas frutas y un poco de jamón ahumado. Lo devoró todo con buen apetito, pues siempre que estaba impaciente le sucedía lo mismo.

Ya a media tarde sintió ruido de voces en el pasillo, entre ellas una femenina, con el dulce y suave acento mejicano. El sonriente tejano entró el primero, hablando a los que quedaban en el corredor.

— ¡Hagan el favor de venir por aquí! Voy a presentarles a un señor francés que va a ser nuestro compañero unas cuantas horas. Como entre nosotros no se ha hablado de nombre, no puedo dar ninguno. Pasen.

Un señor anciano, con ropa bien cortada y un gran bigote blanquecino, penetró en la habitación. Peter estaba examinándolo con curiosidad, cuando algo le hizo abandonar la inspección. Es decir, en realidad lo que

ocurrió fue un cambio de persona a quien mirar. Una joven morena, no muy alta, con grandes y expresivos ojos y tez pálida había aparecido detrás del caballero mejicano. Llevaba un vestido floreado y multicolor, que resaltaba la maravillosa silueta de su figura. Fue tan inesperada su aparición para el joven americano, que se quedó inmóvil, con una mano tendida en ademán de saludo y los ojos muy abiertos. El tejano se rio escandalosamente, al darse cuenta del efecto que la beldad morena había causado en Peter.

—¡Caramba! ¡Ya había oído decir que los franceses son muy impresionables a la belleza femenina! No se quejará usted, señorita.

La joven le miró molesta, y pasó a la habitación sin darse por aludida. Peter estuvo tentado de dar un buen puñetazo a aquel tipo, pero se contuvo para no estropearlo todo. Ya habíase recobrado de la sorpresa, y saludó a los recién llegados con cierta frialdad.

—Mucho gusto en conocerle, señor — dijo el caballero mejicano —. Esta es mi hija María. Espero que todo salga bien, y nuestro encuentro no sea desagradable.

— ¡Bah! ¡Claro que saldrá bien!—terció el otro. —Dentro de muy poco tiempo estaremos en Texas, y en seguida ustedes podrán dirigirse a donde quieran. Lo mejor será que se sienten un poco, pues la caminata va a ser larga. Pónganse cómodos y no se impacienten. Yo vendré a buscarlos en seguida.

Los dejó solos. La situación era algo violenta. La joven estaba sentada cerca de la mesa, mirando cuidadosamente las uñas de sus manos. Se notaba el desprecio que sentía hacia el agente, a quien tenía por un aventurero cualquiera. Peter no podía apartar los ojos de ella, y fue sorprendido un par de veces por María, quien sonrojándose volvió a bajar la cabeza.

El padre de la chica estaba evidentemente nervioso y preocupado. Sin duda la odisea clandestina no era de su agrado. En seguida lo manifestó:

—No crea usted, señor, que somos un par de aventureros. Soy catedrático, y si me lanzo a esto es porque mi situación me obliga a ello...

—No se moleste en dar explicaciones, señor. Como dice bien nuestro amigo el tejano, en estos casos no se dan nombres ni se cuentan historias... Es mejor así — interrumpió Peter, a quien le repugnabaa un poco engañar a aquel hombre de aspecto digno.

Permanecieron un rato en silencio, rumiando sus pensamientos. La joven procuraba esquivar la mirada del agente de Inmigración, que no cesaba de observarla. Tenía un gesto orgulloso en los labios finos, pero de vez en cuando sus ojos reflejaban una expresión de temor, que la hacía aparecer aún más bella.

—Si no les molesta, haré funcionar este aparato. Será menos aburrida la espera — dijo Robertson.

—¡Por favor! No se preocupe por nosotros.

María no se dio por aludida. Peter esperó por ver si la joven hacía algún comentario. Quería volver a oír su voz suave y dulce, pero fue inútil. Con un gesto de resignación hizo girar el mando, y en seguida se oyó la agradable melodía del último éxito en Houston, la canción «Buenos días, señor Eco». Era el final de la grabación. Cuando terminó, el locutor empezó a dar algunas noticias. Una de ellas hizo prestar más atención a Peter. Estaba diciendo:

> «Nos comunican que la policía ha realizado una gran redada en la frontera de Méjico, para capturar a un grupo de «espaldas mojadas» que pasó hace unos días el Río Grande. En nuestro próximo boletín informativo ampliaremos esta referencia.»

El comentario hizo bastante impresión en los dos mejicanos. La muchacha se levantó impaciente, y empezó a pasear. Luego se detuvo ante su padre, para recriminarle:

—¡Esto es una locura, papá! ¡Volvamos a casa! ¡Nos detendrán también a nosotros!

—Pero, hija!... Ten en cuenta que nos van a facilitar documentación. No seremos como esos pobres desdichados... Procura tranquilizarte. Si he decidido este viaje es porque ya sabes que me veo obligado a ello. No podemos seguir en Méjico, después de lo que me ha ocurrido en la Universidad...

Peter se hizo el desentendido, y fingió prestar toda su atención a la orquesta de los estudios. Pero la discusión se terminó antes de lo que sospechaba, y la joven volvió a su asiento, un poco más huraña todavía.

Cuando empezaba a anochecer, regresó el tejano. Entró rápidamente en la habitación.

—Nos vamos, señores. Tendrán que dejar aquí su equipaje. Tomen solamente las cosas de valor. Mañana por la mañana estarán en territorio de Texas y podrán descansar, pero hay que disponerse ahora a una larga caminata.

—¿Dejar todas nuestras cosas? — preguntó el mejicano disgustado.

—Es lo más conveniente. No hay que arriesgarse a despertar sospechas. La vigilancia en la raya está estos días muy reforzada. Y además, cualquier paso en falso es peligroso. Sin contar con que el peso se hace insoportable después de unas cuantas millas... Confío en que la señorita resista la marcha.

María hizo un gesto afirmativo. Era indudable que no le gustaba el tejano ni su modo insolente de mirarla. Se volvió de espaldas a ellos, y empezó a juguetear con su pulsera, con una indiferencia insultante.

—Estamos dispuestos. Cuando usted quiera—dijo Peter, deseando salir

de allí y trabar conocimiento con el resto de la banda.

Abandonaron la habitación, después de que María estuvo sacando algunas cosas de la maleta, que guardó en el bolso de mano. Obscurecía por momentos, y las calles se animaban de nuevo, oyéndose por doquier la música de los clubs y bares, las canciones de los mariachis típicos y el jolgorio de los turistas.

El tejano les condujo por la calle principal, despacio, como unos paseantes más, que curioseaban los escaparates y las tiendas abiertas hasta muy tarde.

Llegaron frente a la explanada en cuyo fondo se alzaba la barrera divisoria. Peter iba junto a su guía, y a pocos pasos seguían el mejicano y su hija.

—Ahora nos alejaremos por la carretera del Norte, hasta llegar al sitio donde una embarcación nos espera. Si todo sale bien, dentro de un par de horas pisaremos tierra yanqui... — comentó el tejano.

Poco después, y con paso más vivo, marchaban por una polvorienta carretera bordeada de viviendas, que en seguida fueron haciéndose más escasas, hasta desaparecer totalmente. Muchos automóviles pasaban raudos junto a ellos, rumbo a Piedras Negras. El hombre que conducía al grupo, volvió a hablar.

—Tenemos que abandonar la carretera. A pie, por estos sitios tan cercanos a la frontera, podemos despertar sospechas. Síganme, y procuren hacer el menor ruido posible.

Se adentraron por un sendero bordeado de grandes piedras. Pronto dejaron de ver la carretera y las luces de los coches. Continuamente tropezaban en la obscuridad, y Peter se retrasó un poco para acercarse a la joven. Cuando ella llegó a su lado, intentó tomarla por el brazo.

—Permítame que la ayude. Este camino está en muy malas condiciones...

Ella se soltó con presteza, y le dijo bruscamente:

—No se ocupe de mí. Sé cuidarme yo sola.

El agente de Inmigración no contestó, y bastante ofendido se alejó de ella a grandes zancadas, uniéndose al tejano.

—Dentro de poco llegaremos al río — anunció éste —. Un hombre nos espera con una balsa.

—¿Cómo es posible que los vigilantes no nos vean? — preguntó Peter.

—Existe esa posibilidad, desde luego. Es la parte emocionante de la travesía. Pero hemos elegido para ello un recodo entre dos peñas enormes, que es difícilmente vigilable, salvo desde lo alto del murallón. Y está demasiado abrupto para que se molesten en acercarse. He pasado por aquí muchas veces...

El anciano mejicano estaba ya visiblemente fatigado, y tuvieron que

esperar un poco para que los alcanzara. Ahora habían abandonado el camino, y atravesaban una extensión de arena, caliente y fina, sorteando los cactos gigantescos que parecían sombras de pesadilla.

Al fin, dando la vuelta a una gran roca, vieron el Río Grande, que corría rumoroso hacia el Golfo de Méjico. Al otro lado, entre las sombras, se distinguían las altas siluetas de algunas dunas de arena, ya en Texas.

—Ahora tengan mucho cuidado — advirtió él guía—. Vamos a entrar en esta garganta. Es un camino muy estrecho, y un paso en falso puede significar la muerte. La señorita será mejor que se coloque entre nosotros.

—Vaya usted delante — contestó Peter—. Yo cerraré la marcha.

Esperó a que los mejicanos le pasaran, y se situó en último lugar, viendo cómo María ayudaba a su padre, que andaba con cierta dificultad.

Se pegaron a un farallón de roca, cuya altura aumentaba progresivamente, siguiendo la margen del río, que bullía unas cuantas yardas más abajo. Era un zócalo estrecho, tallado en la piedra por la propia Naturaleza, resbaladizo y lleno de obstáculos. Peter casi no prestaba atención a sus pasos, ocupado en observar a la joven, que sujetaba al anciano. El tejano se había adelantado bastante, y casi no se veía su silueta, pues no había luna.

Bruscamente María ahogó un grito. Su padre había resbalado, y se sujetaba a la joven desesperadamente. Peter saltó hacia ellos, y con gran riesgo pudo levantar al mejicano, que tenía ya medio cuerpo en el aire.

—Déjeme ir con él. Es usted una testaruda orgullosa — le dijo, enfadado, y sin preocuparse demasiado de si la molestaba o no.

Ella no respondió, pero por primera vez cedió a su demanda, y apartándose un poco le dejó el puesto.

El tejano había retrocedido, extrañado por su tardanza.

—Sigan; ya casi estamos llegando.

Unos cuantos metros más allá se detuvieron, y él lanzó un silbido tenue, al que respondieron con otro semejante, muy cerca de ellos. Se quedaron inmóviles, hasta que una sombra se acercó por el camino.

—¿Qué hay, Tom? ¿Todo en marcha? — preguntó el tejano al recién llegado.

—Sí. No he visto por aquí a nadie. La balsa está dispuesta. ¿Cuántos vienen?

—Somos cuatro nada más. Date prisa, pues estos días están muy agitados al otro lado.

La sombra se alejó, y el tejano les hizo una seña para que descendieran tras él, saltando unas rocas, hasta la misma orilla del río. Camuflada entre un gran matorral de juncos, la balsa aguardaba. Era una simple almadía de troncos unidos con cables, que estaba húmeda y resbaladiza. El tejano aclaró:

—La hundimos con pesos después de cada travesía, debajo de estos

juntos. De día podrían sorprenderla. Tengan cuidado dónde pisan. Vayan al centro, y siéntense para no perder el equilibrio.

Peter saltó ágilmente, procurando no resbalar y compensando con un movimiento violento el balanceo de la balsa. Cuando se volvió a la orilla, vio que la chica y su padre contemplaban la embarcación con aire de duda. Sonrió un poco divertido, pues le estaba resultando agradable obligar a la orgullosa muchacha a someterse ante las circunstancias. Volvió a saltar a tierra, y se acercó a ella.

—¿Qué? ¿No se anima? Si no tiene usted inconveniente en que un vulgar aventurero la auxilie, yo podría embarcarla...

—Es usted un grosero—replicó ella, con indignación —. Y no necesito su ayuda. Puedo perfectamente pasar.

Se acercó al borde y miró la balsa, que se balanceaba suavemente. El tejano, ya a bordo, apremió impaciente:

—¡Vamos, señorita! ¡En cualquier momento pueden descubrirnos! Y le aseguro que no hacen preguntas: primero disparan.

La joven morena se volvió para mirar indecisa a Peter, que le sonreía burlón.

—Creo que... — empezó a decir, en voz baja.

Robertson se acercó a ella con rapidez y la tomó en sus brazos, levantándola como si fuera una pluma. Sin darle tiempo a asustarse saltó a la balsa, procurando mantenerla en alto. De todos modos con el peso no pudo guardar el equilibrio bien, y se tambaleó un poco, teniendo que poner una rodilla en la madera, para mantenerse firme.

María se había abrazado a él con fuerza, y cerró los ojos, esperando el momento de hundirse en el agua. Cuando pasaron unos segundos, él le dijo tranquilamente:

—Puede usted abrir los ojos, muchacha, y soltar mi cuello. Ya estamos seguros.

Ella murmuró algún insulto que no pudo captarse, y se soltó rápidamente, separándose de él. El tejano reía quedamente, y otra vez Peter tuvo intención de aplastarle la nariz. Pero el anciano mejicano aguardaba, y volvió para ayudarle a saltar, aún cuando a éste, no le tomó en brazos, esa es la verdad.

Inmediatamente el patrón de la improvisada embarcación, usando una larga pértiga, la hizo separarse de la orilla, y se encontraron en pleno río, empujados por la corriente.

Era evidente que aquel hombre ya había hecho aquel recorrido muchas veces, y lo conocía bien. Con muy pocos movimientos de su pértiga consiguió irse acercando a la otra orilla, y tocaron en ella, unas yardas más abajo, pero siempre dentro del refugio natural del cañón.

El tejano se apresuró a desembarcar el primero, y ayudó a la chica, tomándola de la mano, pues ella había rehuido con presteza su

proximidad. Cuando los cuatro estuvieron en tierra, la balsa volvió a desaparecer hacia la margen mejicana.

— Ahora pongan todos sus sentidos en lo que hacen—advirtió el guía —. Tenemos otras dos horas hasta nuestro refugio. Una vez allí estarán a salvo y recibirán sus papeles en regla. Que ninguno hable, y cuando yo haga una señal túmbense al suelo.

El mejicano se puso muy nervioso, y empezó a murmurar algo ininteligible. Su hija le calmó, y reemprendieron la marcha. El terreno era semejante al de la otra parte. Arenas, rocas y cactos aislados. A lo lejos, río abajo, se veían las luces de Laredo,

y de vez en cuando el resplandor de los faros de los automóviles.

Estaban marchando paralelos a la corriente, y a Peter le extrañó que no se alejaran cuanto antes de la zona fronteriza. Pero el tejano sabría lo que hacía.

Pasaron cerca de las sombras de unas casas, algún rancho sin duda. Efectivamente, se oía el rumor del ganado, encerrado en los corrales. Prudentemente se desviaron.

Repentinamente percibieron algunas voces. Unos hombres hablaban muy cerca de ellos. El tejano se detuvo, y escuchó atentamente.

—¡Escóndanse detrás de aquellas piedras! — ordenó susurrante—. ¡Rápido!

Los tres se apresuraron a cumplir su mandato. Peter estaba desesperado. Si eran sorprendidos, todo su plan se venía abajo. El tejano no cantaría, y se terminaba la pista para descubrir toda la trama. Por ello puso un cuidado especial en agazaparse, pegándose al suelo.

Las voces parecieron alejarse, y ya se iban a incorporar para continuar la marcha, cuando una pequeña sombra salto hacia ellos en silencio. Inmediatamente cambió de actitud, y unos estruendosos ladridos parecieron conmover todo el desierto. Era un perro de grandes ojos brillantes, enorme, que sin atacarles ladraba furiosamente. Casi al instante las voces volvieron a oírse con toda claridad. Llamaban al animal.

—¡«Suby»! ¡«Suby»! ¡Ven acá!

—¡Son vigilantes! — murmuró el tejano al oído de Peter—. ¡Este maldito chucho los atraerá aquí!

Eran dos los hombres que llamaban ahora al perro. Y uno dijo después:

—¡«Suby» ha visto algo! ¡Vamos, coge el rifle!

Peter miró a su alrededor impaciente. Las rocas eran abundantes por aquel lado. ¡Si el perro callaba, podrían escapar!

Dijo al guía:

— ¡Váyanse! Voy a quitar de en medio a ese animal!

El tejano no se hizo repetir la orden, y empujando a los dos mejicanos se alejó agazapado. Peter se quitó la chaqueta y se envolvió con ella el brazo izquierdo, temiendo ver aparecer de un momento a otro a los dos

policías de la frontera.

Cogió su pistola y se acercó al perro, que sin cesar de ladrar se mantenía quieto. Hizo un ademán de amenaza, y el animal saltó hacia él, con las mandíbulas separadas, haciendo presa en el brazo forrado que Peter le tendía. Clavó en la tela los colmillos y alcanzó la carne, en la que abrió cuatro pequeñas heridas.

Peter alzó la pistola y con la culata golpeó la cabeza del perro, encima de los ojos, con toda la fuerza de que fue capaz. Necesitó dar varios golpes para que el animal, con el cráneo hundido, soltara su presa.

Sin detenerse voló hacia el amparo de las rocas. El brazo le dolía ahora intensamente. Cuando se sumergió entre las sombras, ya los dos policías llegaban junto al cadáver del perro. Les oyó maldecir...

Corrió en silencio, tratando de reunirse con sus compañeros a los que había perdido de vista. A su espalda, los dos vigilantes continuaban lanzando imprecaciones.

—¡No pueden estar lejos! ¡Por esas rocas! ¡Vamos por ellos!

Peter se detuvo para tratar de orientarse. Sintió el ruido producido por alguna piedra que rodaba, y saltando con cuidado llego a un pequeño pasillo de arena. Al fondo, contra el cielo ligeramente iluminado, se destacaban las siluetas de los fugitivos.

Los alcanzó con facilidad. El tejano le preguntó en voz baja:

—¿Qué ha pasado? ¿Y los vigilantes?

—Vienen detrás de nosotros. Y están furiosos por la muerte del perro. Si nos ven, harán fuego. Busquemos un sitio donde escondernos...

—Sí, es lo mejor.

Pasaron casi a gatas por un arco natural, y se quedaron inmóviles, dentro del hueco de una roca. El mejicano y su hija respiraban trabajosamente, pero procuraban no hacer ningún ruido.

Las voces de los policías se fueron acercando, y en seguida oyeron con toda claridad sus palabras. Pasaban casi frente a ellos.

—¡Como los coja van acordarse de mí, te lo aseguro!— decía uno, rabiosamente—. ¡Pobre «Suby»!

La chica se estremeció. Estaba tendida junto a Peter, y él sentía el calor de su cuerpo. Los dos vigilantes se fueron alejando. Ahora, asomándose por la abertura, el agente pudo verlos entre la obscuridad, con su arma bajo el brazo y los anchos sombreros.

Aquel fue el momento en que al profesor se le ocurrió moverse un poco, sin duda molesto por la forzada posición. Hubo un crujir de piedras bajo su cuerpo, y en seguida varias de ellas rodaron hacia el camino, chocando entre sí con mucho ruido.

El lejano empujó al anciano con violencia, lanzando un juramento.

—¡Esté quieto! ¿Quiere que nos achicharren a todos?

Sintieron pasos que corrían hacia ellos. Una voz enérgica, gritó:

—¡Salgan de ahí! ¡Si no lo hacen inmediatamente, dispararemos! ¿Me oyen?

Repitió la amenaza en castellano, creyendo que tenía enfrente a algunos braceros mejicanos. El tejano había perdido su habitual sonrisa, y de una funda que llevaba bajo el sobaco sacó un gran revolver «Smith-Benson». Dijo en voz baja:

—¡A mí no me cogen estos tipos! ¡Si se acercan los quito de en medio!

—No sea loco! —le advirtió Peter, que no deseaba que cayera ningún policía—. ¡Lo pondrá todo peor!

Pero el hombre había perdido la calma, y sin hacer caso de las palabras del pseudo francés, asomó la cabeza, y con movimiento rápido hizo fuego sobre las dos sombras que esperaban frente a ellos.

Peter adivinó su intención y sujetó su brazo, desviando la trayectoria del proyectil, que rebotó en las piedras y se perdió en el espacio. Inmediatamente, y como era de suponer, los dos vigilantes respondieron al fuego, después de buscar refugio detrás de las irregularidades del terreno.

—¡Déjeme en paz!—protestó el tejano—. Yo sé bien lo que me hago.

—No estoy muy seguro de ello—repuso Robertson, decidido a evitar daños irreparables—. Lleve usted a esos mejicanos hasta el río. Yo procuraré entretenerlos aquí, y me reuniré con ustedes, si puedo.

—No me gusta que se haga el tío listo, amigo. Yo soy el que manda en este grupo.

Peter se agazapó más para evitar servir de blanco a los policías, que disparaban de vez en cuando. Estaban hablando en voz baja, y la joven y su padre se mantenían inmóviles, sin hacer comentarios, aunque visiblemente asustados.

—¡Por última vez les advertimos! ¡Salgan con las manos en alto!—gritaron los hombres de la Ley, desde su refugio.

—¡Váyanse o será demasiado tarde!—apremió Peter impaciente.

El tejano, tras unos instantes de duda, se encogió de hombros, y haciendo una seña al anciano y a la joven, empezó a arrastrarse hacia el fondo. Peter entre tanto usó de su pistola, haciendo un par de disparos hacia el sitio donde los sitiadores se escondían, para mantenerlos a raya.

Cuando los tres llegaron a la salida de la hondonada, y se encontraron protegidos, se incorporaron para alejarse rápidamente, al amparo de la noche.

El agente del Departamento de Inmigración aguardó un poco. Oyó el ruido que producían los vigilantes de la frontera al moverse, y disparó de nuevo, en evitación de una sorpresa. Lo hizo tres veces, y en seguida, cuando aun el eco de la última detonación no se había extinguido, corrió en pos de sus compañeros, temiendo recibir en cualquier momento un balazo en la espalda.

Dejó atrás las rocas y avanzó rápido por un terreno más llano, hasta el

cual llegaba el rumoreo del río. Se pegó al amparo de los matorrales, tratando de distinguir a los fugitivos.

—¡Estamos aquí!—le dijo una voz suave casi al oído. Era María, que le había cogido del brazo, surgiendo de entre los arbustos.

Miró sus ojos grandes, y le pareció notar en ellos un poco de cordialidad.

—Sigamos — le dijo —. Esos hombres llegarán inmediatamente. En cuanto se den cuenta de que no hay nadie allí. ¿Y los demás?

El tejano apareció al instante.

—¿Mató a alguno ? — preguntó rencoroso.

Peter no le contestó y acompañado de la joven, que se había puesto a su lado, reemprendió la marcha, siguiendo la orilla del río. El guía refunfuñó un poco, y en seguida se colocó ante ellos, abriendo la ruta. Parecía un poco despistado, pero debió de orientarse, pues tomó un sendero que se alejaba del Río Grande.

—¡Me alegro mucho que evitara un asesinato, señor! — dijo el anciano mejicano —. Y le agradezco lo que se ha preocupado por nosotros. Ya le decía yo a mi hija que era usted un caballero.

Peter miró a la joven, que le pareció había enrojecido. Sin duda no le gustaba que se enterara de que habían hablado de él. Prefirió no cohibirla más, y se guardó los comentarios que tenía en los labios.

Caminaron más de una hora, pero sin que afortunadamente volvieran a ser sorprendidos. El tejano había recobrado su sonrisa, y les conducía con rapidez y seguridad. Peter se dio cuenta que estaban acercándose a un poblado, cuyas luces se apreciaban con claridad. Supuso, por la distancia de Laredo. y la dirección que seguían, se trataría de Carrizo Spring o de Asherton. Pero no quiso hacer ningún comentario, pues no era natural que un francés que pisaba aquello por primera vez, lo conociera.

Ya veían casas con frecuencia, granjas y otras edificaciones. Después de abandonar un grupo bastante nutrido de ellas, y cruzando un pequeño bosquecillo, llegaron frente a otro rancho pequeño. Era un edificio de dos plantas, muy viejo, rodeado de corralizas y edificios accesorios. El tejano se detuvo ante él con gesto de satisfacción.

—¡Bueno! ¡Les aseguro que ha sido el viaje más accidentado que he tenido! Pero todo llega. Este será su refugio por lo que resta de noche. Podrán descansar en él. Vengan por aquí.

Se acercaron a la casa, con evidente alivio, pues tenían los pies maltrechos por la caminata. La joven había resistido bien, sin ninguna queja, pero su vestido estampado estaba en un estado lastimoso, sucio y arrugado, y los zapatos cubiertos de polvo, que no dejaba apreciar su primitivo color. Sin embargo, y a juicio de Peter, no había perdido ninguno de sus encantos.

Estaban ya junto a una puerta posterior. El guía del grupo golpeó en

ella suavemente. Se acercaron unos pasos y les fue permitida la entrada. Tenían frente a ellos un pasillo obscuro, en el que apenas se podía distinguir la silueta de un hombre alto y fuerte.

—¿Eres tú? Has tardado mucho. ¿Sucedió algo? — preguntó desde la sombra.

— ¡Ya lo creo! Ha faltado muy poco para que nos echaran el guante. Pasen ustedes.

Los tres obedecieron. Inmediatamente se cerró la puerta detrás de ellos, alguien manipuló en un rincón, y una lámpara de petróleo alumbró el recinto.

Peter miró a sus compañeros. Ahora podía darse cuenta de su estado. Estaban cubiertos de polvo. El mismo llevaba al brazo su chaqueta con la que se defendió del perro, completamente arrugada y rota. Tenía el brazo izquierdo manchado de sangre, y se sorprendió al comprender que no había vuelto a acordarse de las heridas que le produjo el animal. La persona que les había abierto estaba contemplándoles con curiosidad. Después les volvió la espalda, y se alejó con la luz. El tejano les indicó que le siguieran.

—No tenemos nada mejor — anunció el que hacía los honores de la casa—. Todo está sin amueblar. Tendrán que arreglarse los tres con esto.

Introdujo el brazo con la lámpara entre unas cortinas, y levantando la tela con la otra mano les mostró un cuarto grande, con la pared desconchada, en el cual había una cama grande y alta, y un diván viejo.

—¡Quiero ver a su amigo!—dijo el anciano al tejano, con tono apremiante—. Necesito resolver en seguida la cuestión de los documentos. No estaré tranquilo hasta entonces.

—Tengan calma. De momento no pueden moverse de aquí. Está todo muy revuelto. Y después del jaleo de antes, no pararán de husmear —contestó el tejano—. Ahora descansen un rato, y denme primero sus pasaportes. Para mañana tendrán los visados listos y todo lo demás.

Lo hicieron como pedía. María abrió su gran bolso repujado, y extrajo de él los dos libritos. Peter, por su parte, lo llevaba en la cartera. El hombre los miró por encima, curioseando sobre todo los nombres, y guardándoselos en el bolsillo y sin decir palabra alguna, salió de la habitación.

CAPITULO VIII

Peter abrió los ojos. Vio primeramente un techo sin cielo raso, cruzado por grandes vigas de madera. En seguida recordó, y se volvió bruscamente para mirar la cama que estaba al otro lado de la habitación. María aparecía echada sobre ella, con las piernas plegadas y las manos cruzadas debajo de la cabeza. Estaba despierta, y le contemplaba.

—Ha dormido usted como si estuviera en su propia casa — le dijo, sonriendo—. Le envidio.

Robertson se incorporó. Estaba tumbado en el suelo, sobre una gruesa colcha de pelo de cabra, y era cierto que había descansado perfectamente, aun cuando notara molestias en las articulaciones.

—Ya estoy acostumbrado... no es la primera vez que... — se interrumpió, un poco confuso—. Quiero decir que durante la guerra pasé noches peores.

—Mi padre también parece que ha tenido experiencias de esta clase. Fíjese en él.

Peter miró al anciano mejicano, que aun continuaba dormido sobre el diván. Luego dijo:

—Yo lo que necesito para olvidar lo de anoche es un buen desayuno. Veremos si nuestro amigo está por aquí. Espere un poco.

Se levantó y se pasó la mano por la cabeza, casi pelada. Sonrió un poco confuso a la muchacha, como pidiendo disculpa por su aspecto, abrió la puerta y salió al pasillo. No se veía a nadie. Con pasos cautelosos se acerco al final, de donde llegaba un ruido de conversación. Escuchó, pero no captó nada de interés. Se trataba de un diálogo sin trascendencia.

Dejó las precauciones, y pisando con fuerza entró en un cuarto parecido al que ellos ocupaban. Había una mesa grande de madera en el centro, con bancos en los costados, que debía de haber sido el comedor de los trabajadores del rancho. Sentados en ellos, dos hombres a los que no conocía, con camisas de cuadros y pantalones claros, charlaban con aire aburrido. Le sintieron entrar y con rápido movimiento dirigieron sus manos a la cintura, de donde colgaban ostentosamente los revólveres. Uno de ellos incluso lo desenfundó, preguntando con acritud:

—¿Que quiere?

—Soy uno de sus huéspedes, señores — dijo Peter, sonriendo y reforzando el acento francés—. ¿Están ustedes haciendo prácticas de tiro? Ha estado muy bonito el modo como ha sacado el revolver. Lo he visto hacer en el cine a Gary Cooper.

—¡Menos guasa, amigo! ¡Vuélvase a su cuarto y quédese allí! Tenemos poco aguante éste y yo para que un extranjero venga a tomarnos el pelo.

—No es esa mi intención. Quería ver al caballero que nos trajo ayer.

¿Está por aquí?

—No. Ha ido a Carrizo a arreglar sus papeles... — contestó uno de ellos.

Su compañero le dio un codazo con fuerza, gritándole furioso:

— ¡No des tantas explicaciones, idiota! ¡Te tienen dicho que no menciones nombres ni hables con nadie! Merecerías que te sacudieran de lo lindo.

—Bueno. Lo que yo quiero es comer. Supongo que en esta casa tendrán algo dispuesto para los visitantes. Les aseguro que desde Nuevo Laredo no he probado bocado.

—Está bien. Vuelva a su habitación, que ya le llevaremos algo... — contestó el pistolero, que guardó su arma—. ¡Largo!

El agente del Departamento de Inmigración no se dio por ofendido. Regresó al cuarto donde el mejicano y su hija le aguardaban. El señor, ya despierto, estaba impaciente, y no era hombre capaz de disimulos.

—No me gusta esto. ¿Dónde está el hombre de anoche? Que nos den nuestros papeles y listo. No debiste entregarle los pasaportes, María...

La chica se encogió de hombros expresivamente, y no contestó. Se había arreglado el cabello y limpiado los zapatos.

—Déjeme que le quite el polvo de la chaqueta, señor...

Peter estuvo a punto de darle su propio nombre, pero se acordó a tiempo:

—Lucien. Lucien Barrault.

—Habla usted muy bien el inglés — observó ella, mientras pasaba un pañuelo por la maltratada americana —. Y con acento americano...

—Sí, lo aprendí con un chico de Nueva York, durante la guerra. Yo estaba de oficial de enlace en un batallón americano...

Les interrumpió uno de los brutos de los revólveres, que entraba con una botella de leche y una oxidada caja de galletas. Dentro de ella había unos panecillos duros y media docena de huevos crudos, que seguramente se habían visto separados de la gallina hace mucho tiempo. De todos modos, y como María sólo tomara la leche, Peter y el anciano dieron fin a lo demás.

Estaban terminando su comida cuando sintieron pasos precipitados en el exterior. Hubo algunas voces, y en seguida uno de los pistoleros entró en la habitación, hablando excitado:

—¡La policía esta dando una batida en la zona!

¡Llegaran pronto! Parece que les buscan a ustedes, por lo de anoche.

—¡Nos detendrán después de tantos apuros, papá!— exclamó la muchacha, desesperada—. ¿Por qué habremos hecho esta tontería?

—No hay tiempo para lamentaciones, niña. Vengan conmigo. Les esconderemos. Tenemos órdenes para un caso como este.

Salieron detrás de el, dejando la casa por la misma puerta por donde

entraron la noche anterior. Cruzando el patio, pasaron a un gran pajar.

El que les llevaba hurgo entre un montón de paja hasta encontrar una anilla, y tirando de ella dejó al descubierto un pequeño espacio entre el entramado de la cubierta. Pasaron a el, y el hombre volvió a dejar caer la trampa, apilando sobre ella otra vez la paja.

Estuvieron sin hablar un rato. Sintieron el motor de un coche que se acercaba, y voces que preguntaban con acento imperioso. Después de unos cuantos minutos las oyeron de nuevo, más cerca. Estaban encaminándose al pajar.

— ¡Yo miraré aquí arriba, Sulton! ¡Termina con aquel establo!—gritó uno.

Revolvieron la paja, sin llegar hasta su escondite. El hombre volvió a hablar, sin duda dirigiéndose a alguien que le acompañaba.

—¿Cómo es que están ustedes solos? ¿Y el dueño?

—Marchó a la ciudad. Tenía que hacer unas compras y se llevó el otro chico. Ya saben que piensa dejar el rancho. En realidad no hay ya ganado…

—Ya lo veo. Bueno, seguiremos el trabajo. Si ven a algún desconocido por los alrededores, avísenos. Un grupo de mejicanos ha debido pasar esta noche por aquí cerca. Ya daremos con ellos…

Se alejaron las voces y luego el ruido del coche. Pero no acudieron a buscarlos.

«No sé qué esperarán. Si tardan mucho, saldremos por nuestros propios medios», pensó Peter.

Pero no llevó a cabo su propósito, porque otra vez el vehículo volvió a acercarse al rancho. Se detuvo en el patio, y hubo más conversaciones. Quizá la policía había descubierto algo. Efectivamente, todo hacía suponerlo así. Sintieron las pisadas en la escalera del pajar. Eran varios hombres los que se aproximaban ahora.

Sus miradas se cruzaron. Peter, quien no tenía nada que temer por sí mismo, era quizá el más impaciente. Si la policía intervenía ahora, todo su trabajo y todo su plan tan cuidadosamente madurado, se vendría abajo.

Decididamente iban por ellos. Unas manos impacientes estaban removiendo la paja, y la portilla fue abierta violentamente. Se quedaron quietos en el escondite, hasta ver aparecer por el recuadro la cara sonriente del tejano, que les saludaba.

—¡Buenos días, amigos! No esperaba encontrarlos aquí. Salgan; ya no hay peligro. La policía está lejos.

Los tres respiraron tranquilos. Una vez fuera del pajar, y encaminando hasta la casa, el hombre les dijo jovialmente:

—¡Todo arreglado! La persona que les facilita los papeles está esperando en la casa. Ha venido conmigo.

Entraron en el vestíbulo, esta vez por el porche principal, frente a la

carretera. Un hombre hacía guardia apoyado en una columna de madera, y los examinó con curiosidad. No era ninguno de los que Peter conocía.

Dentro, sentado frente a la mesa, había un sujeto pequeño, de insignificante aspecto, con muy poco cabello, aunque cuidadosamente peinado para ocultar la calva, y un tic nervioso en el ojo derecho, que continuamente parpadeaba dejando ver una mancha sangrienta. Una persona bastante antipática, fue el juicio del joven.

Tenía sobre la mesa sus pasaportes, y estaba mirándolos distraídamente. A su espalda los dos matones con quienes ya Peter había tenido contacto, parecían proteger con su corpulencia a su menudo jefe.

Levantó la cabeza al verlos entrar, y sonrió de un modo desagradable, dejando ver los dientes amarillos y desiguales.

—Encantado de conocerles. Siento mucho que su llegada se haya visto tan obstaculizada. Pero afortunadamente ya todo pasó. Aquí tengo sus pasaportes y el permiso de residencia, y además la tarjeta de trabajo. Todo lo que necesitan para vivir libremente en el país. Ahora muéstrenme ustedes el color de su dinero, y haremos el cambio...

Una sonrisa apagada, más bien un gorjeo siniestro, salió de sus labios finos y sin color. Peter hizo un gesto a la joven, que había abierto su bolso, y solicitó:

—Me parece muy justo. Pero primero quiero ver los documentos. No me gusta hacer nada a ciegas.

La risa se hizo más violenta. Los ojos del hombrecillo se animaron, antes de contestar:

—Ya veo que se han hecho muy amigos. ¿Se conocían de antes? Le felicito a usted, joven. Tenga, puede examinarlo todo, pero no le quepa la menor duda de que haremos lo mismo con sus dólares. Por Europa hay demasiados falsos...

Tendió a Peter su pasaporte, dentro del cual estaban las otras dos cartulinas. El agente del Departamento de Inmigración lo tomó, procurando disimular su excitación. Abrió la libreta de tapas verdosas, y buscó la página con el visado. Estaba, o parecía estarlo, efectuado en el consulado de Nuevo Laredo, y los sellos en tinta y los timbres adheridos a él, eran legítimos o él no conocía su profesión. ¿Qué significaba aquello? ¿Quien era aquel individuo, y cómo podía tener en su poder el material? Únicamente no podía aseverar la legitimidad de la firma del cónsul, pues no la conocía. Para no llamar la atención dejó el pasaporte para ver la tarjeta de residencia y la de trabajo. También aquello le desconcertó. Eran impresos legítimos, con todos los requisitos, o se trataba de una falsificación tan perfecta que haría dudar a todo el Departamento en pleno.

Totalmente confundido los dejó sobre la mesa, y su mirada se cruzó con la del que parecía jefe de aquello, que le miraba burlón. Este le preguntó, sin dejar de sonreír:

—¿Había visto en alguna ocasión otros documentos como estos? —Y como Peter negara con la cabeza—: Pues puede estar seguro de que nadie dudará de ellos. ¡Son tan buenos como los que salen de Washington!

El tejano, que estaba de espaldas de Robertson, soltó una carcajada ruidosa, pero se contuvo inmediatamente al captar el gesto de advertencia de su jefe.

—Quería ver qué aspecto tenían — manifestó Peter—. Por mi parte estoy dispuesto a pagar el precio convenido. Confió en que no se trata de una estafa...

Tomó su cartera y extrajo de ella un fajo de billetes, que ya tenía preparado. Lo tiró sobre la mesa y esperó.

El cabecilla lo tomó y lo contó cuidadosamente, examinando uno a uno y al trasluz. Luego sin pronunciar palabra, hizo un gesto de asentimiento que el joven interpretó adecuadamente cogiendo los documentos, y guardándolos en el bolsillo.

—Ahora le toca a usted, señor. —Se dirigía al mejicano, que contemplaba todo aquello con disgusto.

—Yo le abonaré el dinero — dijo María, hurgando en su bolsillo.

Lo hizo así, y después de una nueva comprobación, la chica recibió sus pasaportes y lo demás.

El hombrecillo se puso en pie, después de guardar los billetes en el bolsillo interior de su americana. Se separó de la mesa, y estuvo unos instantes mirando a través de la ventana. Tenía cierta afición a los gestos melodramáticos, y le gustaba causar efecto. Se volvió bruscamente, con las manos apoyadas en la espalda, para hablarles. Si no hubiera sido por el brillo maligno de sus ojos y el rictus desagradable de la boca, hubiera resultado cómico. Sin embargo, había algo en él que producía desasosiego.

—Nuestro compromiso ha terminado ya, señores. Mi socio — señaló al tejano — les prometió traerles aquí y facilitarles los medios de poderse mover con tranquilidad en el país, a cambio de una pequeña cantidad... —Calló para mirar a sus presuntas víctimas —. Pero soy un sentimental; no lo puedo remediar. Y en lugar de decirles: «Márchense camino adelante a buscarse un lugar donde fijar su residencia y ganar la vida», prefiero proporcionarles contactos y relaciones que les hagan más placentera la estancia entre nosotros...

Peter procuraba contener su sonrisa. Aquel sinvergüenza estaba preparando el expolio de que pensaba hacerles objeto indefinidamente, al igual que a Gino y Alfred y tantos otros.

—En resumen — continuó —. Como principio hay algo para ustedes en este mismo Estado, en la ciudad de San Antonio, muy cercana. Tengo buenos amigos por allí. Ayer, después de que éste me telefoneara desde Nuevo Laredo para anunciarme su llegada, hablé con ellos en San Antonio, y estoy en situación de proporcionarles buenos empleos. Usted, señor

Barrault — se dirigió a Peter — puede trabajar en una compañía de seguros muy importante, que necesita un corresponsal para francés. Me he atrevido a asegurar que tiene amplios conocimientos del trabajo de oficina. ¿Es así?

—Sí, desde luego. Es precisamente lo que yo necesitaba— aseguró Peter, con gran entusiasmo.

—¡Estupendo! Para el señor mejicano no es tan fácil. Sé que es un profesor universitario. Pero de momento creo que no le desagradaría una plaza en la Biblioteca Municipal. Podrá dedicar mucho tiempo a sus estudios...

—Efectivamente. Necesitaré ganar algo, pues no contamos con fondos. Es usted muy bondadoso, señor, al preocuparse así de nosotros. Espero conseguir trabajo en alguna universidad, más adelante.

—Entonces estamos de acuerdo. Ahora cojan sus cosas, si algo han dejado dentro, y vengan conmigo. Salimos para San Antonio.

Aun cuando todas sus pertenencias estaban con ellos, Peter quiso aprovechar la oportunidad para hacer alguna advertencia a la joven, antes de que fuera demasiado tarde. Se adelantó para decir:

—Sí. Si nos lo permiten, iremos al cuarto para arreglarnos un poco. Estamos impresentables así...

Hizo un gesto disimulado a la joven, y los tres salieron al pasillo, para llegar hasta la habitación del fondo. La morena muchacha le preguntó:

—¿Qué le ocurre? ¿Qué es lo que quiere decirnos?

—No pierdan en ningún momento el contacto conmigo. Hay que evitar que nos lleven a sitios distintos. Y si algo de esta gente no les gusta, procuren pasar por ello, sin demostrarlo...

—¿Qué significa tanto misterio? — inquirió María, intrigada—. No le entiendo.

—Siento mucho no poder aclarárselo. Pero confíen en mí...

Ella hizo un gesto desdeñoso y se dirigió a la puerta, evidentemente contrariada.

—Es usted un fatuo. No necesitamos para nada sus consejos. ¡Vamos, papá! Tengo ganas de llegar a San Antonio para poder librarme de presencias inoportunas.

Salió al pasillo, en tanto su padre trataba de disculparla ante el presunto francés.

—No le haga caso. Es un poco atolondrada. En sus palabras he creído advertir que algún peligro nos ronda. ¿Sabe usted algo?

—No se preocupe demasiado. Únicamente le diré que estamos en manos de un grupo de pistoleros. Pero de momento no hay peligro; tiene un gran interés en que lleguemos sanos a San Antonio, y efectivamente nos ayudarán a encontrar ocupación.

El mejicano le miró asombrado, y sin hacer ningún comentario marchó

detrás de su hija. Peter siguió tras él, y antes de que entrara en el cuarto donde la banda esperaba, le dijo en voz baja:

—¡Ni una palabra de todo esto!

El otro asintió en silencio. Cruzaron el gran vestíbulo, seguidos de dos de los pistoleros. En el patio estaban los demás, junto al gran coche del jefe. Había abierto la puerta y ayudaba gentilmente a María a subir al interior del vehículo.

—¡Vengan aquí! Nos vamos ya. Uno de ustedes puede ir conmigo, delante...

Peter prefirió la compañía del hombrecillo a la de la joven, que continuaba con el ceño fruncido. Le hubiera gustado mucho darle un buen escarmiento, pero no era ocasión para ello...

Tenía ya el pie en el estribo, cuando volvió a descender, quedando junto a la portezuela. Un ruido de motor se acercaba por la carretera, y en seguida vieron el polvo que producía un coche. El resto de los hombres lo apreciaron también, y se consultaron con la mirada nerviosamente. El jefe salto a tierra, y corriendo junto al tejano, que se había adelantado unos pasos, grito :

—¡Quedaos ahí! ¡Ven tú conmigo! Veremos de qué se trata.

Caminaron despacio hacia la carretera, distante bastantes metros. Un «Chevrolet» pequeño se detuvo frente al rancho, y un hombre descendió de él, dirigiéndose hacia donde los dos miembros de la banda esperaban. Debían ser conocidos, pues se estrecharon las manos. Otra persona quedaba frente al volante, y Peter no podía distinguir más que la silueta de su cabeza.

La conversación que sostenían se hizo repentinamente violenta. El supuesto jefe empezó a dar voces que llegaban hasta ellos.

—¡Eso es lo que faltaba! No se puede trabajar con idiotas como vosotros! Ya decía yo que lo de Gino fue un disparate.

Volvió a bajar la voz, pero ya Peter había oído lo suficiente. Ahora tenía la completa seguridad de que aquellos hombres eran los asesinos del italiano. Pero no entendía aquello. ¿Qué es lo que habría sucedido?

En seguida se enteró. El grupo se dirigía hacia ellos, hablando animadamente. Los tres miembros del «gang» que continuaban en el patio estaban impacientes. Cuando llegaron allí, les asediaron a preguntas.

—¿Qué pasa? ¿Di, Key?— inquirió uno de ellos, dirigiéndose al jefe, y dándole por primera vez un nombre. El efecto que ello produjo fue fulminante.

—¡Cochino imbécil! ¿No sabes que aquí no se pronuncian nombres? —Se acercó a él y le dio un golpe en la cara con el revés de la mano, que le enrojeció la mejilla.

El agredido lanzó un juramento e hizo ademán de sacar a relucir su pistola. Pero el tejano se acercó corriendo y le sujeto el brazo, tratando de

imponer orden.

—¡Ya está bien! ¡A ver si ahora vamos todos a perder la cabeza! ¡Estate quieto! Y tú ten más calma— aconsejó a Key —. Creo que lo mejor será que entremos.

El aludido hizo un gesto de asentimiento, y pareció darse cuenta entonces de la presencia de los tres extranjeros, que contemplaban la escena con diferente estado de ánimo. Sorpresa y preocupación en los mejicanos, y satisfacción en Peter, que esperaba sacar el mayor partido de aquel jaleo.

El grupo, en unión del recién llegado — el conductor permanecía aun en el «Chevrolet»— entró en la casa, y quedaron a la expectativa, esperando alguna explicación. El tejano, que parecía el más dueño de la situación, indicó secamente a los inmigrantes:

—Ustedes vuelvan a su habitación. Ya les avisaremos. Ha surgido una dificultad.

—Necesito una aclaración, señor. — El mejicano se había ofendido por el acento imperioso de las palabras. Peter quiso evitar que se expusiera a algún disgusto, tirándole del brazo, pero el hombre era orgulloso y no hizo el menor caso de su gesto —. Creo que no tienen ustedes derecho...

— ¡Váyanse ahora mismo!—gritó, histérico, Key. — ¡Lleváoslos!

Los dos hombres de las camisas multicolores los empujaron con poca ceremonia. Les dejaron en el cuarto, y regresaron en seguida para no perderse detalle de lo que se hablara.

El anciano estaba pálido y musitaba amenazas y protestas en voz baja. María no parecía tan impresionada, aunque no cesaba de dar vueltas a un pequeño pañuelo de batista. Pero continuó mostrando hostilidad al joven, que no estaba en aquellos momentos para tratar de suavizarla. Peter se arriesgo a salir al pasillo, y desde allí pudo escuchar perfectamente toda la conversación de la banda, que no se recataba mucho para hablar. Era el tejano quien tenía ahora la palabra.

—¡Tú tuviste la culpa, Key! Te dije que dejaras en paz a Gino. Estaba pagando bien, ¿no es eso? Si trataba de escaparse, habría bastado darle una buena paliza para que sirviera de escarmiento. No sé por qué te empeñaste en eliminarle...

—Tienes razón. — Era una voz desconocida la que hablaba. Debía de ser el recién llegado—. Por eso ha intervenido el Departamento de Inmigración. ¡Si al menos hubiéramos hecho desaparecer el cadáver!

Key estalló al fin:

—¡Dejadme en paz! ¡Yo soy quien dirige esto por el momento! ¡Y no aguanto más críticas! Al fin y al cabo, no fue mía la idea de tirarle en aquel pilar. ¿Quién dijo que no lo descubrirían nunca? ¿Eh?

Siguió un silencio. El tejano volvió a hablar, y con más calma y más reposadamente.

—Sea como sea, habrá que poner un paréntesis a nuestras actividades. Si como dice éste hay un agente de Inmigración por esta zona, tratando de dar con nosotros, tendremos que ir con pies de plomo...

¿Así que era aquello? Peter no comprendía cómo aquella gente estaba enterada de su viaje, poco menos que secreto. Pero aún le quedaban más sorpresas. El hombre del «Chevrolet» estaba hablando.

—Se llama Peter Robertson, y es un tío de cuidado. Será mejor que procuremos no encontrarlo.

—Lo que no sé es qué haremos ahora con esos tres de ahí dentro... Si los llevamos a San Antonio, quizá se descubra todo. Es fácil que hayan advertido a las empresas y casas comerciales acerca de los extranjeros que soliciten trabajo. Cuando gestioné lo de la Biblioteca y la «Pelco Insurance», no hubo ninguna dificultad...

Key estaba otra vez sereno y peligrosamente frío. Una voz brutal dijo entre carcajadas:

—¡Eso no es problema! En el patio tenemos tierra suficiente para enterrar un batallón. ¡Y de la chica me ocuparé yo, si no os importa!

Dos o tres corearon las risas del bestia aquél. Pero el jefe les hizo callar, para continuar:

—Podían habernos avisado antes. Confío en que ese Robertson no haya averiguado nada aún. Debe limitarse a dirigir las patrullas de la policía que anoche estuvieron a punto de coger a éste...

Peter estaba tan absorto en la conversación, que no se dio cuenta de que alguien estaba detrás de él, hasta que sintió su aliento en la nuca...

CAPITULO IX

Fue una falsa alarma. El recién llegado era el mejicano, que le tocó en la espalda suavemente.

—¿Están ahí todos? Voy a decirles que nos marchamos. No me gusta que me traten como lo hicieron antes. Déjeme pasar.

Estaba indignado, y en su ignorancia era capaz de meterse en el mayor peligro sin darse cuenta. Peter temió por él, pues el momento no era el más oportuno para andar haciendo reclamaciones. Le sujetó por el brazo, deteniéndole.

—¡Vuelva a su habitación! ¿No comprende que esta gente es peligrosa?

El anciano se soltó de un tirón seco. Antes de que el joven pudiera intervenir de nuevo, uno de los pistoleros apareció en el pasillo, preguntando:

—Qué ocurre? ¿Qué hacen ustedes aquí?

El mejicano miró a Peter muy satisfecho, y con paso decidido se acercó a la puerta, separó al «gánster» y entró en la habitación. Peter le oyó decir con voz resuelta:

—Creo que ustedes se han excedido, señores. En vista de las circunstancias prefiero que terminemos aquí nuestras relaciones. Mi hija y yo nos vamos a la próxima ciudad.

Hubo un momento de sorpresa entre los reunidos. En seguida Key lanzó una interjección y debió saltar de su asiento, a juzgar por el ruido. Vociferó:

—¡Largo de aquí, viejo loco! No estoy dispuesto a aguantarle ni un segundo. Si no obedece nuestras órdenes lo pasará mal. ¡Es usted un perfecto idiota!

María había acudido también al pasillo, pálida y nerviosa. Preguntó a Peter:

—¿Qué pasa? ¿Y mi padre?

—Creo que será mejor que se vaya. Yo iré a buscarle. Se ha metido en un avispero.

Entró en la estancia. El mejicano estaba en el centro, rodeado de la banda en pleno y con Key frente a él, incorporándose sobre las puntas de sus pies para chillarle a la cara. Sin embargo, el anciano no parecía inmutado, y volvió a exigir:

—¡No tiene derecho a decirme esas cosas! Me arrepiento de haber tratado con ustedes. Le digo que me permita pasar. Me temo que he dado con un grupo de matones...

El sonriente tejano, que parecía tan tranquilo, se disgustó por aquel calificativo de tal manera, que apartando a Key de un empujón, cogió al anciano por las solapas de la americana con una mano, y con la otra le

abofeteó con fuerza.

Hubo un grito a espaldas de Peter, que estaba en la puerta. Había sido María quién lo lanzó al ver cómo su padre era agredido. El agente de Inmigración no pudo contenerse, y saltó hasta el centro del grupo, apartando violentamente a quienes le estorbaban. El tejano se quedó mirándole sorprendido.

—¡Eres un cobarde. ¡Debían haberte enseñado a tener más consideración con los ancianos! — le increpó Robertson.

—¡Vas a tragarte esas palabras! — el aludido había enrojecido y sus manos se crisparon.

Peter no aguardó a que tuviera tiempo de esgrimir ningún arma, y bruscamente lanzó un derechazo impresionante, que alcanzó al otro en pleno mentón.

Hubo un coro de exclamaciones, mientras el tejano caía de espaldas como un fardo, derribando a otro de sus compañeros que estaba detrás de él.

Robertson cogió al anciano por el brazo y corrió hacia el fondo del cuarto, apoyándose en la pared, y esperando la acometida de sus enemigos. Con gesto rápido había sacado su pistola, y sonriendo confiadamente la movía en semicírculo, cubriendo con el arma a todos los reunidos.

—¡Al primero que trate de acercarse le pulverizo! — advirtió.

Key comprendió que el francés dominaba la situación. Hizo un ademán a sus hombres para aconsejarles calma, y dijo tranquilamente:

—Está bien, amigo. Tiene usted razón. Este bruto se ha excedido con el viejo. A ninguno nos ha gustado. Olvidemos el incidente, y hagamos las paces. Usted no pensará en matarnos a todos por esto. Guarde la pistola, y le garantizo que nadie le tocará. Si el viejo prefiere marcharse podrá hacerlo. ¡Vamos! ¡Sea razonable!

Peter, por la expresión de los pistoleros, comprendió que en cuanto guardara el arma se le echarían encima para vapulearle. Dudó unos instantes. Realmente había procedido con imprudencia. Era preferible fingir más, si quería llegar a descubrir todo el hilo de la organización. Ya había podido darse cuenta, por el poco respeto con que era tratado por sus compañeros, que el diminuto Key tampoco era el jefe del negocio. Y había que aclarar quién facilitaba los sellos e impresos para las falsificaciones... Se arriesgaría a recibir unos golpes...

—Si el señor quiere aceptar sus explicaciones, por mí no hay inconveniente. El tiene la palabra...

Una voz nueva intervino en la conversación

—¡La última palabra la tengo yo, señor Robertson! Puede dejar de usar ese acento extranjero, que supongo le costará mucho esfuerzo.

Peter fue el más sorprendido. En seguida se dio cuenta de quien era el

recién llegado. Tenía un fino bigote negro y un aire inconfundible. Se trataba del hombre con quien se enfrento en Austin, en un salón de bailar. Es decir, del encargado de expoliar a Alfred.

Key preguntó, extrañado:

—¿Qué quieres decir? ¿Pretendes que este tipo es el agente del Departamento de Inmigración?

—Preguntárselo a él. Sera muy interesante escuchar sus disculpas. ¿Qué esperáis para cogerlo? ¿No oís lo que os digo? ¡Este hombre es de la bofia! ¡Es el que estuvo a punto de atraparme en Austin! ¡No puede ser otro que Peter Robertson!

Hubo un movimiento entre los hombres del *gang*, que miraron al joven con odio. Solo la pistola que éste empuñaba les contuvo, Peter sonrió abiertamente y anunció ya sin fingir un falso acento en perfecto ingles americanizado:

—¡Es usted un lince! ¡Y es mejor que os vayáis preparando todos para hacer una visita a la Penitenciaría del Estado! ¡Podéis daros cuenta de que se ha terminado el juego!

El tejano se había incorporado, y escuchaba en silencio, pasándose la mano con gesto rencoroso por la barbilla. Las últimas palabras del joven acabaron de exasperarle, y temerariamente se lanzó sobre él.

—¡Espía asqueroso! ¡Yo terminaré contigo!

Peter no dudó un solo segundo. Hizo fuego una vez, y el hombre cayó al suelo de nuevo, pero esta vez para no levantarse más. Tenía una mancha roja en el cuello que se extendió en seguida por la camisa.

Hubo un silencio agobiante en la habitación. Todos tenían fijos los ojos en el caído. Repentinamente, un grito agudo rompió la tregua. Era la muchacha mejicana quien lo había proferido. Se cubría la boca con una mano, y miraba al tejano con ojos desorbitados. Los pistoleros se volvieron a ella, pareciendo darse cuenta por primera vez de su presencia.

Robertson apreció inmediatamente el peligro, Key se adelantó, y antes de que pudiera evitarlo cogió a la muchacha por el brazo y la hizo entrar en la habitación, sujetándola por la cintura y cubriéndose con su cuerpo.

—¡Me ha parecido observar, Robertson, que esta chica no le es indiferente! Espero que no cometa la indelicadeza de alojarla una bala en la cabeza…



—Me ha parecido observar, Robertson, que esta chica no le es indiferente

Mientras hablaba, y completamente oculto tras de ella, había empuñado su revolver, cuyo cañón asomó amenazador.

Peter comprendió que no podía hacer nada. Aquel individuo dispararía impunemente. María le miraba muy pálida, pero a pesar de la peligrosa situación en que se encontraba, le sonreía débilmente.

—¡Oh, Peter...! — dijo, como queriendo disculparse de verse obligada a actuar contra él.

A Robertson le pareció que su nombre sonaba de un modo distinto a como lo había oído hasta entonces. La dulce cadencia de la joven, había puesto en él inflexiones nuevas. Casi se sintió feliz, aún cuando comprendía que seguramente aquéllos eran sus últimos instantes de vida. Contempló el grupo que espiaba sus movimientos con mirada turbia. Key apremió:

—¡Tire esa pistola o disparo, Robertson! ¡Le doy cinco segundos!

Hizo un gesto desdeñoso, y arrojó el arma sobre la mesa. Un griterío de satisfacción acogió el movimiento. Key empujó a la joven con violencia, haciéndola casi caer. Ella corrió junto a su padre y se quedó mirando a Peter, con los ojos anegados de lágrimas.

—¡Bien, amiguito! Así podremos charlar mejor. Vas a contarnos cómo has llegado aquí, y cuántos conocen este asunto... — empezó a decir el pequeño individuo, acentuando el tic nervioso de su párpado.

—Será mejor que no pierdan el tiempo conmigo. Si tuvieran un poco de sentido común se darían cuenta de que se ha terminado la representación. —Peter espiaba los menores gestos de sus enemigos. Estaba pendiente de sus movimientos, tratando de adivinar sus intenciones—. Si están dispuestos a poner las cartas sobre la mesa, puedo prometerles cierta benevolencia por parte del jurado. Mi Departamento interpondría su influencia...

Aquella bravuconada provocó una nueva explosión. El hombre del fino bigote, que sin duda era quien conducía el «Chevrolet» y con su entrada intempestiva había estropeado todo el plan de Peter, dirigió su mano a la cintura, y sacó un pequeño cuchillo muy semejante al que encontrara Paterson en el cadáver de Gino.

—¡Maldito fanfarrón! ¡Terminemos con él de una vez!

—¡Quieto, Aldo! No podemos matarlo! Al menos hasta que el jefe lo ordene. ¿No me oyes? Ya fue bastante tontería lo del italiano. Eso nos ha traído este lio...

Key, con una energía de la que no parecía capaz, se interpuso entre el joven y su atacante, y detuvo el brazo armado. Se había colocado de espaldas a Robertson. Era una oportunidad única y Peter decidió aprovecharla.

Le pasó el brazo por el pecho y lo atrajo hacia si con fuerza, al mismo tiempo que le arrebataba el revolver. Deslizo el brazo hasta el cuello e hizo presa en él, dejándolo imposibilitado de moverse. Encañonó al llamado Aldo, que era el más cercano.

—¡Tira ese cuchillo! ¡No quiero correr la suerte de Gino! Ahora lo mejor será que todos vosotros os apartéis. Quiero teneros lo más lejos posible. Si alguno intenta cualquier martingala, ira a hacer compañía al

primero. ¡Rápido!

Empezaron a caminar de espaldas, sin apartar sus miradas del agente, que estaba tratando de encontrar la manera de salir de allí con los mejicanos. La joven dijo quedamente:

— ¡Por Dios, Peter! ¡Tenga mucho cuidado!

Dirigía a María una sonrisa alentadora. Y aquello le perdió. Hubo un ruido casi insignificante del lado de los pistoleros. Volvió rápidamente la cabeza hacia ellos a tiempo de adivinar, mas que ver, algo que se le venia encima a la altura de los ojos. Se movió instintivamente hacia la derecha sin soltar a Key, que resoplaba, y un objeto duro le golpeó en la frente, produciéndole un vivo dolor.

Se quedó ligeramente inconsciente. Oyó gritar a la joven, y se dio cuenta de que su presa se escabullía. Tuvo oportunidad de ver el puñal de Aldo clavado en la pared, junto a su cabeza. Un hililllo de sangre le descendía por la mejilla.

Todo fue cuestión de segundos. En seguida se sintió golpeado. Perdió el equilibrio, empujado por muchas manos, y una vez en el suelo le patearon furiosamente, hasta que perdió la noción de las cosas...

CAPITULO X

— ¡Está bien! ¡Dejarle ya! Si no le habéis matado, ha faltado poco. Luego todos escurriréis el bulto cuando el jefe exija responsabilidades. Me estoy cansando de tratar con vosotros... Sois unos bestias.

El grupo de pistoleros se apartó y formó un corrillo alrededor del agente del Departamento de Inmigración, que aparecía inmóvil en el suelo, con el rostro manchado de sangre, e inconsciente.

El puñal de Aldo le había golpeado con la empuñadura casi en la sien haciéndole una pequeña cortadura. Todos los hombres respiraban entrecortadamente, reponiéndose del momento de agitación que les hizo ensañarse con el hombre caído. Aldo había recuperado su cuchillo y limpiaba cuidadosamente el yeso de la hoja, mirando de un modo siniestro a Robertson. Afortunadamente para María, había sido sacada de la habitación con su padre, y un hombre hacía guardia en su cuarto para impedir que acudiera al lado de Peter.

Key se inclinó en el suelo y dio unos cachetes al herido para hacerle volver en sí. Abrió éste los ojos, cuyos párpados parecían tender a unirse de nuevo, y su primer gesto fue una sonrisa burlona; entonces los golpes suaves se transformaron en una violenta bofetada.

—¡Si no terminas con esa sonrisita, no respondo de nada, Robertson! —masculló el cabecilla, exasperado.

—Eso será lo mejor — murmuró Aldo, sin dejar de acariciar su cuchillo —. ¡Parece que todos tenéis miedo...!

—¡Cállate! ¡Ayudadle a levantarse y sentadle en ese banco!

Dos hombres obedecieron la orden. Peter estaba ya en completo uso de sus facultades, pero prefirió fingir cierta inconsciencia. Cuando Key le interrogó, simuló no darse cuenta de lo que ocurría alrededor de él.

—¡Di! ¿Hay alguien que sepa que estás aquí? ¿Has tenido ocasión de comunicar con la Policía?

Peter dejó caer la cabeza sobre el pecho con aire de abatimiento. El que interrogaba le sujetó por la barbilla y le miró fijamente. Luego volvió a dejarle.

—Llevadle adentro. Esperaremos a la noche, y si no conseguimos nada avisaremos al jefe. Ahora no es posible hacerlo. Ya sabéis que únicamente me pongo en contacto con él en determinados momentos. Pero será mejor establecer vigilancia en los alrededores, no sea que este tipo haya dado el soplo. Guardad los coches, y que no se vaya nadie. Ni tú, Aldo... Lo que pueda suceder que nos coja juntos. No quiero deserciones.

Peter escuchó esto con satisfacción. Ahora estaba claro que había un jefe, rodeado de cierto misterio, y que además tenía que cuidar las apariencias.

Lo tomaron sin muchos miramientos entre dos hombres, y poco menos que a rastras lo llevaron por

el pasillo. Frente a la puerta de la cocina estaba el vigilante, sentado sobre una caja de madera y con el revólver al lado, mirando una revista antigua. Se apartó un poco para dejar paso al grupo.

—Ahora la chica le hará un recibimiento caluroso. ¡Ha sido un flechazo...! — se rio groseramente el que hacía la guardia—. ¡Tratadle con cuidado, no se lo estropeéis!

Los dos pistoleros siguieron su consejo, y con toda delicadeza, lo dejaron caer de golpe dentro de la habitación, y cerrando la puerta salieron al pasillo advirtiendo a su compañero:

—Ten mucho ojo. Si ocurre algo, Key te hará responsable. Está medio muerto, pero debe ser de cuidado. Acuérdate de antes...

—No os preocupéis. Me basto para tener a raya a cualquier tipo de estos...

Peter se quedó inmóvil, en el sitio donde le dejaron. Tenía un aspecto impresionante, con la cara llena de contusiones y las manchas de sangre que llegaban hasta el mentón. La joven mejicana había ahogado un grito al verlo en aquel estado, y corrió hacia él, inclinándose a su lado.

—¡Dios mío! Lo han matado. ¡Ven aquí, papá!

El anciano se había acercado también y lo cogió por la muñeca, para tranquilizar inmediatamente a su hija.

—Está vivo. No creo que tenga nada de importancia. Es fuerte y se recobrará en seguida...

La joven le pasó un pañuelo por el rostro, para quitarle algo de la sangre que daba una escandalosa sensación de tragedia. Peter entreabrió los ojos con cuidado, para mirarla. Tenía una expresión de ternura y preocupación que le pareció maravillosa. Se entusiasmó tanto admirándola, que ella descubrió el

truco. Se separó de él rápidamente y se puso en píe, exclamando enfadada:

—¡Es usted un farsante hasta el último momento!

¿Puede saberse cuando es sincero, o es que su profesión le ha endurecido la sensibilidad totalmente?

Robertson comprendió que era inútil seguir la comedia, y se incorporó, sentándose en el suelo para disculparse.

—Le aseguro que todo no es farsa. He estado mucho tiempo sin sentido. Lo que ocurre es que el contacto de sus manos es milagroso. ¿No continúa usted cuidándome otro poco?

Ella no contestó. Fue el padre quien se acercó a él para decir a media voz:

—Deberíamos estar disgustados con usted. Nos ha engañado. Pero ahora me siento tan indignado con esos canallas, y que no me importa caer

en manos de la Policía y ser expulsado. Quiero ayudarle en lo que pueda para castigarlos.

—Desgraciadamente no sé qué debe hacerse — contestó Peter, también, en voz queda—. Ese tipo del bigote ha estropeado todos mis planes. Ahora me han descubierto, y lo más fácil es que cuando su misterioso jefe lo sepa, se deshagan de mí sin el menor escrúpulo. Son gente capaz de todo. Y ya puedo decirles que han caído en manos de una organización casi perfecta, que se dedica a introducir inmigrantes para explotarlos mediante un hábil «chantaje» Ustedes iban a engrosar sus víctimas, repartidas en todo el país. Ahora, no sé lo que ocurrirá. Están nerviosos...

—Mi hija tenía razón al decir que era una locura esta aventura. El hombre que nos trajo nos encontró en Nuevo Laredo, cuando intentábamos por cualquier medio pasar a Estados Unidos — explicó el anciano—. Yo tenía una cátedra en la Universidad de Monterrey, y creo que era apreciado por todos, pero un incidente estropeó mi vida.

—Exageraste demasiado, papá — le interrumpió la joven—. Diste a aquello una importancia que no tenía.

—¿Cómo que no tenía importancia? ¿Crees que después de tantos años de profesión, podía tolerarlo? Para terminar le diré a usted que fui víctima de un atropello. Gracias a las intrigas de un envidioso, me fue quitada la plaza, y tuvieron la desfachatez de ofrecerme una de auxiliar. Un verdadero abuso. Reclamé a las autoridades correspondientes, y no me hicieron caso. Entonces publiqué un artículo en un periódico...

—Dile que fue un verdadero ataque a la Universidad, y que te enemisto con todo el mundo...

— ¡Naturalmente! ¿Que otra cosa podía ser? Después de aquello perdí toda posibilidad de trabajar en mi tierra, y yo necesito hacerlo, pues no he podido siquiera reunir un pequeño capital que me permita vivir tranquilo los últimos años de mi vida y cuidar a mi hija. Rompí con todos y me fui a Nuevo Laredo, creyendo que conseguiría con facilidad un visado para entrar en Estados Unidos. Pero demasiado tarde comprendí que no era posible. Conocí a ese tipo, y ya sabe el resto...

—Hay una cosa que me ha intrigado siempre. La seguridad que tenía el tejano en que yo podía pagar los dos mil dólares por los documentos — comento Peter.

—Igual me sucedió a mí. No sé por qué sería, pues yo no tenía aspecto de disponer de fondos. Los conseguí después de vender todas las cosas de nuestra casa, pero no se cómo él sabría...

—Será mejor que dejemos de contarnos historias pasadas. Hay que pensar en como salir de este apuro.

Si lo logramos, yo les prometo a ustedes interceder por su situación. Mis jefes no tendrán inconveniente en legalizar sus condiciones en el país, en atención a los servicios que hagan para destruir a esta banda.

El mejicano miró al joven con expresión de incredulidad.

—No le entiendo. Claro que desearíamos ayudarle, pero ¿qué podemos hacer nosotros?

Peter sacó del bolsillo una pequeña libreta y un lapicero, y empezó a trazar con movimientos rápidos un sucinto croquis de la casa donde se encontraban.

—Fíjense en lo que hago — estaban apoyados en la mesa, y la chica también había acudido curiosa—. Si no me equivoco, la distribución de esta casa es así. Un pasillo largo la recorre desde la entrada principal, hasta la fachada posterior donde está la puerta por la que entramos anoche. Esta es la habitación donde nos encontramos, y aquí está el gran vestíbulo donde esa gente debe continuar ahora. Si consiguiéramos deshacernos del hombre que esta ahí fuera, no sería muy difícil llegar a esta salida de atrás, y largarnos... ¿Qué les parece?

—Sí, creo que sería posible... —El viejo se había animado—. Yo mismo me encargo de ese bandido que vigila...

Peter sonrió ante el entusiasmo del profesor.

—Será mejor que procedamos con cautela; tenga en cuenta que al menor ruido, vendrán todos aquí. Deben suponer que estoy medio muerto, y por eso han dejado solo a ese tipo. La señorita podrá ayudarnos, si le parece.

—Dígame qué quiere que haga.

—Salga afuera y pida a ese tipo un cigarrillo... Procure qué se acerque lo más posible hacía aquí. Coquetee un poco... ¿me entiende?

La muchacha hizo un gesto de asentimiento, y con aire decidido abrió la puerta, quedándose en el umbral. El «gángster» se levantó de un salto, y rápidamente la encañonó con su revólver, preguntando adusto:

—¿Qué quiere usted? ¡Entre otra vez a la habitación! ¡Ha dicho Key que...!

—¿No tendrá por casualidad un cigarrillo? Llevo mucho tiempo sin fumar. ¡Si es tan amable...!

El hombre sonrió, sin duda para corresponder al gesto amistoso de la joven, que Peter no podía ver. Miró unos instantes el arma, y por fin la dejó en el cajón, para sacar un paquete de cigarrillos del bolsillo de la camisa. Tuvo que manipular en él hasta abrirlo y podérselo ofrecer a la chica.

El agente del Departamento de inmigración, esperó impaciente. Estaba demasiado apartado para intentar una sorpresa. El vigilante le vería, y lanzaría un grito de alarma, o tendría tiempo de tomar su revólver. María también se dio cuenta de ello y recurrió a un ardid, para conseguir sus fines. En el momento en que tomó entre sus largos dedos el cigarrillo, hizo un movimiento torpe, y lo dejó caer cerca de la puerta. Sonrió de un modo delicioso para decir al hombre que la miraba cada vez más entusiasmado:

— ¡Que tonta! ¡Estoy un poco nerviosa...!

El pistolero tuvo una galantería que le perdió. Decidido a ser simpático, se inclinó para recoger el cigarrillo. Doblo su ancha cintura, y durante unos segundos la nuca morena estuvo muy cerca de la puerta. Peter levantó el puño, y con toda la fuerza que fue capaz de reunir, golpeó a su enemigo.

Fue un mazazo seco, capaz de derribar a un toro. El atacado no lanzo un solo gemido, y cayó de bruces en el suelo. Peter lo arrastró hacia el interior cuando ya la joven estaba a su lado. Lo dejó junto a la cama, y salió al pasillo para tomar el revólver que estaba sobre el cajón. Con él en la mano, se sintió otra vez optimista.

—¡Vamos...! Mucho cuidado. Quizá tengan alguien vigilando en el patio. Si hay contratiempos, pónganse detrás de mí.

Antes de salir, terminó de empujar debajo de la cama al hombre desmayado. En seguida se encontraron los tres en el pasillo. Se oía el ruido de las conversaciones de la banda en el vestíbulo, y chocar de copas y botellas. Debían de estar jugando a los naipes. Se acercaron con sigilo hasta la puerta del fondo. Pasaron ante un par de habitaciones vacías y solitarias. Peter llegó hasta la hoja de gruesa madera y enormes herrajes, y la examinó. Una exclamación de disgusto salió de sus labios.

—¡Hemos perdido el tiempo! ¡La han cerrado con llave...! Es una cerradura de forja que no podremos abrir sin producir ruido...

—¿Y si dispara contra ella?

—Nos cazarían en el patio. Son muchos, y todos bien armados. Es inútil. Por aquí no hay modo de salir. Esta cerradura es demasiado fuerte para forzarla...

Se quedaron inmóviles, desalentados y confusos. Del otro lado de la casa, continuaban llegando las voces. Peter ordenó:

—Volvamos al cuarto. Probaremos en la ventana. Es una posibilidad remota. La reja es sólida.

Electivamente, los barrotes ofrecían la misma infranqueabilidad que la puerta. La casa estaba construida a prueba de asaltos... y de evasiones.

—No podemos hacer nada... — dijo el profesor, abatido.

Robertson no hizo comentarios. Tiró de los pies del pistolero y lo sacó de debajo de la cama. Aún estaba inconsciente, pero no tardaría mucho en volver en sí. Empleando su propio pañuelo, le amordazó, y después le amarró las manos y los pies con el cinturón, dejándole completamente inmovilizado. Probó la solidez de las ataduras, y volvió a empujarlo a su escondite.

—¿Qué pretende hacer? — preguntó la joven.

—No nos queda otra solución que salir con ruido... con mucho ruido. Su padre y yo procuraremos entretenerlos para que usted trate de llegar a la casa más cercana y telefonear a la policía. Pregunte a los vecinos cómo

se llama esta granja, y dé inmediatamente el siguiente mensaje: «Acudan urgentemente a la granja tal. El agente de Inmigración Peter Robertson se encuentra en manos de una banda de pistoleros. Actúen con rapidez. Son gente decidida a todo». ¿Entendido?

—Si consigo salir, haré bien mi papel. Pero no sé cómo...

—Venga conmigo. Usted quédese aquí, profesor. Ahora regreso.

Avanzaron de nuevo por el corredor en el mayor silencio posible. Se acercaron al vestíbulo, y ya junto a él, cuando podían escuchar íntegramente la conversación que sostenían los hombres de Key, se detuvieron. Al lado de la gran habitación, donde estaba reunida la banda, se abría otra. Peter la empujó con cuidado, temiendo que rechinara. Era un trastero sin ventana alguna, lleno de polvo y cachivaches viejos. Entraron en él y cerraron con cuidado. Completamente a obscuras, habló a la chica al oído:

—Usted quédese aquí. Voy a procurar atracarlos hasta el otro lado. Si todo sale bien, tendrá libre la salida. Corra cuanto pueda, pues de lo pronto que llegue la policía dependerá que nos encuentren con vida. ¡Adiós!

La chica quiso decir algo, pero no encontró las palabras. Murmuro:

—¡Oh, Peter!...

El se volvió, y cogiéndola en sus brazos con fuerza, la besó. En seguida salió al pasillo, y siguió hasta donde el profesor esperaba. Cuando estaba llegando sucedió algo que estuvo a punto de estropear todos sus planes. Uno de los hombres se había asomado desde el vestíbulo y viendo su silueta en la penumbra del fondo del corredor, preguntó:

—¿Todo bien, Pat?

Le había confundido con el pistolero, gracias a la falta de luz. Peter levantó el brazo y lanzó un «sí» opaco, con voz indefinida.

Fue lo suficiente para que el otro volviera a la partida. Peter respiró tranquilo y entró en la habitación, donde el mejicano esperaba impaciente.

—¡Creí que se estropeaba todo! — comentó el agente—. Ahora habrá que tratar de preparar una resistencia larga. Vea qué munición tiene ese hombre encima.

El profesor lo hizo así. Su prisionero se había recobrado, y le miró furioso cuando le registró los bolsillos. Junto a la funda, en una especie de cartuchera pequeña, llevaba los proyectiles. El anciano los mostró a Peter.

—No está mal. Démelos. Y ayúdeme a correr este diván sin hacer ruido.

Lo colocaron atravesado en el centro de la habitación y reforzaron la improvisada barricada con el colchón de la cama, que les valió para cubrir la parte baja, y toda la altura del respaldo del mueble, con lo que obtuvieron un parapeto seguro. Y la penumbra del lugar les favorecía.

—Según mis cálculos son cinco hombres solamente. Con algo de suerte les mantendremos a raya. Usted quédese detrás del colchón, y no se

mueva. Vamos a ver como sale esto.

El agente del Departamento de Inmigración examinó el tambor del revólver, y luego dirigió la mirada al fondo, donde la puerta del cuarto de María estaba ligeramente entreabierta, y acordándose de la joven sonrió satisfecho. Ahora estaba seguro de que triunfaría, y que el cariño de ella sería su premio.

—¡Allá va!

Levantó el revólver y disparó al techo. La detonación resonó en el pasillo como un cañonazo. Hubo un correr de bancos estrepitoso en el vestíbulo y voces sorprendidas. Inmediatamente un hombre salió corriendo. Peter, que le esperaba, disparó otra vez, pero ahora con cuidado, y el impulsivo pistolero retrocedió, dando un grito de dolor.

No quería retenerlos en el vestíbulo, sino que se acercaran, así la muchacha podría huir. Por ello abandonó su privilegiada posición, y se pegó a la pared, junto al marco de la puerta.

—¡Ya sólo quedan cuatro, si no nos equivocamos! — dijo al profesor.

Cuando los «gánsters» se dieron cuenta que estaba libre el camino, irrumpieron gritando en el pasillo. Era cuestión de segundos que llegaran frente a la barricada. Se oyó a Key ordenar:

—¡Quietos todos! ¡Están parapetados ahí! Hay que proceder con cautela...

Peter pensó que seguramente María ya habría salido del cuarto, y escuchó con cuidado temiendo oír algún disparo o voces de alarma, pero nada de eso

hubo. Sólo los pistoleros del pasillo discutían sin ponerse de acuerdo.

— ¡Déjame entrar! — chilló Aldo, con voz aguda—. ¡Yo daré cuenta de él! Ha debido matar a Pat.

El profesor estaba extrañamente tranquilo. Hizo un gesto de ánimo a Peter, que se agazapaba tras el diván dispuesto a hacer fuego en el momento oportuno.

Una mano armada se apoyó en el marco y disparó a ciegas, con resultado negativo. Robertson esperó de que el tirador repetiría el intento. Apuntó al mismo lugar, y cuando la mano volvió a asomar, oprimió el gatillo.

La pistola del «gángster» cayó al suelo, dentro de la habitación, y un juramento espantoso acreditó que había dado en el blanco.

—Otro enemigo fuera de combate, profesor!

Pero el mejicano no le respondió. Estaba mirando la pistola caída junto a la puerta, y antes de que el joven pudiera detenerle, corrió hacia ella y la cogió, para volver a su refugio. Los hombres de Key fueron sorprendidos por el movimiento, y cuando se dieron cuenta ya era tarde. Dispararon

alocadamente sin acertar al profesor, que mostró orgullosamente al agente su presa.

—¡Ya tenemos dos armas!

Peter le miraba sorprendido. Nunca hubiera supuesto aquel valor y serenidad ante el peligro en un catedrático. No pudo por menos de sonreír, admirado.

—¡Caramba, profesor! Usted debió elegir otro oficio. ¡Quizá en mi departamento les interese sus servicios!

—¡No sea usted bromista! ¿Cree que mi hija habrá podido escapar!

Robertson no tuvo tiempo de responderle. Un diluvio de balas cayó sobre la barricada, y tuvieron

que protegerse como pudieron. Se arriesgó a mirar por un lado, a tiempo de ver que uno de sus enemigos se disponía a saltar sobre el diván. Disparó, pero falló lamentablemente, por la mala posición. De todos modos su enemigo corrió a resguardarse, al verse sorprendido.

Hubo otro rato de calma. Key hablaba en voz baja con sus hombres.

—Están tramando algo — dijo Peter—. Confío en que la policía llegue en seguida. Sería terrible que creyeran que era una broma...

Cesaron las conversaciones en el pasillo. Pareció que habían abandonado el asedio. Pronto se dieron cuenta de las intenciones de la gente de Key. Estaban tratando de escuchar algo, y sintieron claramente, a sus espaldas, el tenue roce de dos metales.

— ¡La ventana! — exclamó el agente.

Dio un salto y se volvió, a tiempo de ver el cañón de un revólver apoyado junto a un barrote, y la cara maligna de Aldo, buscándoles con la mirada.

Sonaron dos disparos al mismo tiempo, y la habitación pareció llenarse de humo.

CAPITULO XI

María escuchó el primer disparo de la refriega, y empezó a rezar para que su padre y el joven agente salieran bien de la aventura. Se reprochó el preocuparse más de Peter que del profesor, lo que juzgaba no estaba bien.

Sintió cómo el grupo de bandidos gritaba en la habitación contigua, y oyó otro disparo que no sabía bien de quién procedía. Hubo más desorden, y por la rendija de la puerta vio a los pocos minutos pasar un tropel de gente.

Abrió algo más la hoja. Al final del pasillo, el pequeño jefe estaba hablando con otros cuatro hombres, entre los que se encontraba el siniestro personaje del cuchillo, que estuvo a punto de matar a Peter.

¿ Sería aquél el momento adecuado para salir? ¿No se tropezaría con alguno en el vestíbulo?

El tiempo apremiaba. Nuevos disparos se cruzaron entre los combatientes. Le parecía mentira que el joven pudiera contener a los cinco hombres...

Abrió totalmente la puerta. El grupo de atacantes le daba la espalda. Pero el menor ruido les haría volverse y descubrir su presencia. Se quitó los zapatos, y con ellos en la mano salió con rapidez, entrando en seguida en el vestíbulo lleno de luz. Por unos instantes le costó trabajo examinarlo, pues estaba deslumbrada a causa del tiempo que había permanecido en la obscuridad.

No había nadie. No dudó. Hubo otra vez detonaciones en el interior, y alguien lanzó un grito. ¿Serían Peter o su padre los heridos?

Cruzó el patio soleado. No tenía idea de hacia dónde dirigirse. Todo era nuevo y desconocido para ella. Le parecía estar viviendo una pesadilla atroz, perdida en pleno campo, en un país que no era el suyo. Se asustó al darse cuenta del aspecto que debía presentar, con el vestido sucio y arrugado, y el pelo revuelto. Se había calzado los zapatos, y ya en la carretera corrió desolada, pidiendo a la Providencia que la ayudara.

Un coche se detuvo a su lado, frenando violentamente. Era un descapotable y desde él, un hombre sonriente la contemplaba.

—¿Qué le ocurre? ¿Se trata de una apuesta?

María le miró. Tenía un aire agradable que le inspiró confianza.

—¡Necesito llamar por teléfono! ¿Quiere usted llevarme al más próximo? ¡Se trata de un asunto de la máxima importancia! ¡Tengo que llamar a la policía!

—¡Caramba! ¡Suba usted! Cerca de aquí está la estación de servicio. Es cosa de poco.

Se acomodó a su lado, volviendo la cabeza constantemente para ver el rancho de Key, que se alejaba, con el pensamiento puesto en el obscuro

pasillo donde se desarrollaba una lucha mortal.

El coche se detuvo junto a un surtidor de la Texaco.

—¡Ahí está el teléfono! ¿Tiene un níquel?

Ella negó con la cabeza, y el hombre se lo tendió. La vio correr hacia la cabina, y se quedó esperando intrigado. María depositó la moneda, y gritó a la telefonista:

—¡Por favor! Póngame con el puesto de policía más próximo. ¡Es urgente!

Casi al instante una voz monótona y aburrida dijo:

«—Jefatura de Policía de Carrizo Spring. ¡Hable!

—Tengo un mensaje para ustedes. Se trata de Peter Robertson, agente de Inmigración.

El hombre pareció despertar de su letargo. Con voz excitada, pidió:

»—¡Continúe! ¿Qué sabe usted de Peter Robertson?

—En estos momentos está siendo atacado por un grupo de pistoleros. Me ha enviado para que les diga que acudan a la granja... ¡Oh! ¡Espere un momento!

Dejó el aparato sobre la tablilla y se asomó fuera de la cabina. Le preguntó al hombre del coche.

—Por favor, ¿sabe usted cómo se llama una granja vieja que hay poco más allá de donde usted me encontró?

—¿Una granja vieja? Será la de «Llano Seco»...

Cogió otra vez el auricular para continuar:

—¡Oiga! ¡Está en la granja de «Llano Seco»! Cerca de una estación de gasolina. ¿La conoce? Les llamo desde la estación.

»—Bien. ¿Algo más?

—Envíen gente suficiente. Son quizá media docena de hombres armados y muy peligrosos. ¡Es urgente! ¡De un momento a otro pueden matarlo!

Abandonó la cabina. La estaba invadiendo un gran malestar, una sensación de laxitud. Habían sido demasiadas emociones juntas. Se sentó en un banco, cuando ya el conductor del coche que la trajo se había acercado a ella.

—¡Traiga un poco de agua! — pidió al empleado del surtidor—. Esta chica está a punto de desmayarse. Le ha debido de ocurrir algo serio...

Pero la joven les rogó que la dejaran tranquila, pues ya se encontraba mejor.

El puesto de policía de Carrizo debía estar advertido de la presencia del agente del Departamento de Inmigración por aquella zona, y de la necesidad de prestarle apoyo en cualquier momento, pues con una celeridad verdaderamente prodigiosa preparó la expedición que acudió en su auxilio. Desde luego, el poblado estaba muy cercano, pero de todos modos María se sorprendió al ver los coches de la policía de Carrizo que

llegaron casi al instante. Eran tres grandes «Ford», del primero de los cuales saltó un hombre alto y fuerte, con traje claro. Se acercó corriendo al grupo.

—¿Quién ha llamado a la policía? ¿Usted, señorita?

María se había levantado.

— ¡Sí; dense prisa, por favor! ¡Cuando salí de allí se estaban tiroteando! Yo les indicaré el camino.

Entró en el coche, y el policía le hizo sitio en el asiento delantero. Tomó el mismo el volante, y reemprendieron la marcha a toda velocidad. En la parte posterior iban cuatro agentes de uniforme, inmóviles y silenciosos, con sus metralletas sobre las rodillas.

Los tres vehículos enfilaron el camino de la granja «Llano Seco» y se detuvieron en la explanada. Al instante salieron de ellos los agentes, que sin esperar ninguna orden, y con gran rapidez, se desplegaron para rodear el edificio.

—Quédese usted en este coche, señorita. Si esa gente se resiste, habrá algo de jaleo...

María vio al jefe entrar en la casa, con la pistola en la mano y seguido de dos de sus hombres, e inmediatamente se produjo un intenso tiroteo, de gran violencia. Por unos segundos el tableteo de las metralletas pareció acallar todos los demás ruidos. Tan bruscamente como había empezado, cesó, quedando todo en silencio. La joven se mantuvo a la expectativa, anhelante. ¿Qué sería de su padre y de Peter? ¿Habrían llegado demasiado tarde?

El policía salió al vestíbulo, y tocó un silbato. En seguida volvió a entrar en la casa. Varios agentes corrieron hacia allí, desapareciendo también en el interior. ¿Es que nadie iba a decirle nada?

¡Traían a alguien herido o muerto! Abrió la portezuela al darse cuenta, y se quedó junto al coche, inmóvil. Dos policías salieron, llevando un cuerpo, y lo dejaron en el porche. Era el de Key, el pequeño jefe, que parecía muerto. De detrás de la casa fue traído Aldo, y depositado junto al otro, también herido o muerto.

Después salió el resto de los hombres de uniforme, llevando entre ellos a otros tres de los pistoleros, uno de los cuales llevaba una mano roja de sangre y se tambaleaba. El jefe de policía cerraba la marcha llevando a Pat, el pistolero que Peter hiciera prisionero en el pasillo. Uno de los guardias quedó cuidando a los caídos.

María quiso preguntar, inquirir, chillar. El grupo se fue acercando, hasta dejar a los prisioneros en un coche. Miró al jefe, que no le prestaba atención, y se volvió desesperada hacia la casa.

En el porche, sonriendo tranquilamente, Peter y su padre la contemplaban. El profesor estaba radiante, y Robertson un poco pálido, con un brazo rígido y la chaqueta manchada de sangre. Corrió hacia ellos

tan de prisa como pudo.

— ¡Todo pasó, hija mía! — le dijo su padre, cuando estuvo junto a ellos —. Gracias a ti. Si tardan unos segundos más...

Ella no le hacía ya caso. Estaba mirando el brazo herido del joven. El la tranquilizó.

—No es nada; cosa superficial. Vámonos. Creo que después de esta dramática experiencia no deberíamos separarnos. Además, una manera sencilla de arreglar su situación sería mediante un matrimonio. Si María se convirtiera en la esposa de un yanqui, y usted en su padre político, no habría dificultad para sus visados...

La muchacha sonrió dichosa.

—Es la declaración más original que he oído en mi vida. Bueno —rectificó—. Yo no he oído ninguna. ¿No temes que acepte por móviles interesados?

—No me importa, También yo obré egoístamente. ¿Crees que es poco negocio poder lucir por allí una esposa como tú?

Caminaba despacio. El jefe de policía les llamó desde el coche.

— ¡Vamos, Robertson! Parece que ha tomado usted cariño a esta granja cochambrosa. Ya enviaremos la ambulancia a recoger a las víctimas.

El profesor sonrió y respondió por ellos:

—No es a la granja, precisamente...

CAPITULO XII

A través de la ventana del despacho se veían los grandes edificios comerciales de Houston, capital del estado de Texas, y quizá una de las ciudades más progresistas de los Estados Unidos.

Peter Robertson bajó la cortina de aluminio, y se volvió hacia el otro ocupante de la habitación. Era el señor Thomas Butler, jefe de la Oficina de Inmigración en el Estado, y que con su colega de California se repartía la tarea de vigilar la entrada de extranjeros por la frontera mejicana.

Peter le conocía ya por haber trabajado a sus órdenes en muchos casos.

— ¡No sé qué hacer, Butler! La muerte de Key me ha desorientado por completo. No pude evitarlo. Cuando la policía entró por el pasillo, se volvió y les hizo frente. Cayó a la primera ráfaga, mientras el resto de la banda entraba en la habitación donde yo estaba, tirando las armas. Fue una mala suerte. Después de muchos interrogatorios con los supervivientes, he llegado a la conclusión de que únicamente Key conocía la identidad del jefe. El otro pistolero herido, Aldo, no ha podido hablar; seguramente a estas horas ya habrá muerto. Tenía la cabeza destrozada... Pero imagino que tampoco sabrá nada. ¡Es inútil!

Butler lo miró con simpatía. Era joven y aún de aspecto inteligente. Procuro consolar a Robertson.

—No se preocupe tanto. Usted ha hecho mucho más de lo que nadie podría exigirle. Me alegro de que haya sido usted quien me narrara todos los sucesos. No tenía ninguna noticia. Y también, claro está, que pudiera salir con vida de «Llano Seco»...

Peter no comentó nada. Alguna idea le preocupaba, pues se quedó unos instantes ensimismado. Por fin sonrió, queriendo quitar importancia a la cosa.

—¡En fin! Aún quedan los documentos y visados falsificados. Los he enviado a Washington, y espero su contestación sobre ellos.

—En el peor de los casos, la banda ha sido destruida y no continuará trabajando. Falta descubrir el verdadero cerebro del asunto, pero lo principal es que no se produzcan nuevas falsificaciones ni se hagan nuevos «chantajes» a esa pobre gente—dijo Butler.

—Sí, es cierto. Ustedes ocúpense aquí de localizar a todos los extranjeros que estén en esta situación. Es la deportación para ellos, pero creo que en el fondo lo preferirán a seguir siendo explotados inicuamente. Habrá que realizar la misma tarea en otros estados.

Peter se levantó y se despidió del Jefe de Inmigración en Texas, que le acompañó hasta el antedespacho. Poco después el joven entraba en el vestíbulo del «Hotel Galveston». El conserje le llamó desde su oficina:

—¡Señor Robertson! ¡Tengo algo para usted!

Se acercó a la recepción, donde le fue entregado un sobre de correo oficial con el membrete de su oficina de Washington, llegado por avión. Era la contestación a su consulta. Lo guardó en el bolsillo, y preguntó al empleado:

—¿Está la señorita Montesinos en su habitación?

—Sí, señor. Hace poco subió con su padre.

Se dirigió hacia el ascensor, y poco después llamaba suavemente en la puerta de las habitaciones de los mejicanos. El propio profesor le abrió, y sonrió ampliamente al verle.

—¡Buenos días, Peter! María ya preguntaba por usted. En seguida saldrá. Está desquitándose de estos días de abandono. No es que sea demasiado coqueta, pero al fin mujer, la encantan los trapos. Hemos agotado nuestras últimas reservas de dólares.

—Ya sabe que les serán devueltos los cuatro mil que les cobró Key. Es cuestión de trámite. Si entretanto yo puedo...

—¡Nada de eso! Siéntese, que voy a avisar a María.

El profesor abandonó el saloncito. Peter aprovechó el momento para abrir el sobre de Washington. Lo primero que salió fue una carta de su jefe, en la que le anunciaba que sería legalizada la entrada en el país del señor Montesinos y su hija. En el próximo correo enviaban los documentos en regla, a cuyo fin habían retenido los pasaportes. Era un favor que Peter tenía que agradecerle.

Luego venía la parte referente al caso que le ocupaba. Las noticias eran sorprendentes, pero no para Robertson que casi lo sabía con certeza. Decía la carta textualmente:

> «Los visados de los pasaportes y los permisos de trabajo y residencias, están realizando con sellos e impresos legítimos, salidos de ese Departamento. Únicamente las firmas han sido falsificadas, pero con un conocimiento completo de las verdaderas. Consultados nuestros archivos de material, resulta que tanto los sellos de Rentas Internas, como los Impresos, corresponden por su numeración a los enviados a primeros de año a la Delegación de Houston, Texas.
>
> »Comuníquenos cuanto pueda averiguar sobre ello, pues tenemos mucho interés en aclarar a quien se debe esta filtración intolerable.»

Lo guardó todo de nuevo, porque los pasos ligeros de la joven se acercaban. Se detuvo ella en la puerta, mirándole un poco confusa. No se habían visto desde aquella mañana, cuando llegaron de Carrizo después de pasar la noche en aquella población. Habían hecho el viaje en avión, y Peter les llevó al hotel mientras él iba al despacho de Thomas Batler para

darle cuenta de todo, como Jefe del Servicio en el Estado.

Desde Carrizo, el día anterior, envió los pasaportes y notificación de lo sucedido a Washington.

María apremió:

—Vamos, Peter. No te quedes mirando de ese modo. ¿Es que nunca has visto a una mujer un poco arreglada? No he hecho más que peinarme y quitarme el odioso vestido estampado. Me parece que no volveré a llevar otro semejante en mi vida…

Estaba tan encantadora, con un trajecito de dos piezas y el pelo recogido en la nuca, que Peter tuvo que tragar saliva antes de responder.

109

—Una vez asistí en Miami a un Concurso para elegir Miss Universo —dijo levantándose y acercándose a ella—. Fue la ocasión en que estuve más de cerca de presenciar una cosa parecida a esta… Ya me han contestado mis jefes. Mañana llegaran vuestros pasaportes en regla, y podéis quedaros aquí cuanto queráis. Pero como llevo mucho tiempo trabajando con sinvergüenzas, me he debido de contagiar algo, pues estoy dispuesto a realizar un odioso «chantaje», del que tú serás la pobre víctima…

La joven sonrió. Peter la miraba a los ojos, entusiasmado. Con su traje nuevo comprado en el primer almacén que encontró, mal cortado, como todos los suyos, tenía el mismo aspecto inocente y vulgar de siempre.

—Explícate…

—Es muy sencillo. No soltaré ese preciado pasaporte hasta que firmes en el acta matrimonial. Iremos a Lebanon, en Tennessee, dónde hay una iglesia muy pequeña que yo conozco bien. Mi madre te gustara mucho; ya lo veras…

La entrada del profesor interrumpió a los jóvenes. El señor Montesinos sonrió levemente al darse cuenta de su turbación.

—Quería preguntarle, Peter, cómo va su trabajo. Espero que no seré indiscreto.

—Nada de eso. No puede haber indiscreción porque no hay noticias. Muerto Key, los demás «gángsters» no pueden ayudarnos ya que no saben nada. Por cierto que tengo que llamar al hospital, para ver como sigue Aldo. No creo que se salve…

—Es un asunto difícil. Yo no entiendo de esto, claro, pero me atrevo a hacerte notar lo extraño de que escogieran sus victimas con tanta precisión. En la frontera hay muchos presuntos inmigrantes sin dinero a quienes no les hacen la oferta. En otra ocasión nos fijamos en eso. ¿Se acuerda? — preguntó el profesor.

—Sí. Muchas veces he pensado sobre ello. Pudiera ser una coincidencia que se dirigieran a nosotros, pidiéndonos una cantidad que teníamos. No podemos asegurar que no fallaran con otros. Me gustaría hablar con algunos de los individuos que están en este caso. Sólo podría hacerlo con

Alfred, el irlandés. Voy a pedir una comunicación telefónica con Austin. Debe continuar en el Hospital Municipal de allí, pues tenía para una convalecencia larga.

Tomó el auricular del teléfono que reposaba sobre una mesita.

—¡Señorita! Necesito hablar con Austin, Hospital Municipal. ¡Deme preferencia! Es un servicio oficial. Diga que le pongan en comunicación con Alfred O'Maes, que es un paciente. Espero aquí, en el hotel.

Continuaron hablando sobre el asunto. María se había sentado cerca de ellos y pulía cuidadosamente sus uñas, dirigiendo miradas cariñosas al joven. Poco después sonó el timbre del teléfono. La muchacha de la centralilla le anunció que tenía al otro extremo de la línea a la persona que deseaba. Peter preguntó:

—¿Es usted Alfred? Soy Peter Robertson, ¿cómo sigue?

»—Ya estoy perfectamente, señor Robertson. Muy agradecido por su interés...

—He de hacerle una pregunta. ¿Qué cantidad le cobraron a usted por el visado y lo demás?

»—Pues mil ochocientos. Era casi todo lo que tenía.

—¿Les ofreció usted la suma, o se la pidieron ellos?

»—Fue el tipo aquél quien la fijó, y no hubo manera de rebajar nada. Le dije que no tenía tanto, pero insistió muy seguro. Claro que accedí. No había otra alternativa. ¿Por qué me lo pregunta?

—¿Habló usted con alguien en Nuevo Laredo? ¿Hizo comentarios sobre el dinero que tenía...?

»—¡Ni hablar! No soy un ingenuo. Ni una palabra. Bueno... no tuve más remedio que ponerlo en aquel impreso que me hicieron llenar en el consulado para solicitar el visa...

Peter lanzó un silbido. ¡Aquélla era la explicación! Todo cuadraba perfectamente.

—¡Gracias por todo, Alfred! Espero que se ponga bien pronto, y mucha suerte...

Colgó el aparato, y se quedó pensando. El profesor preguntó:

—¿Averiguó algo?

—Sí. Desgraciadamente creo que tengo la explicación del caso, y hubiera preferido ignorarla...

El señor Montesinos no creyó delicado hacer nuevas preguntas, pues el agente de Inmigración, parecía muy abatido.

El timbre del teléfono volvió a dejarse oír. El profesor lo tomó y se lo tendió a Peter.

—Es para usted Robertson.

Era Paterson, el inspector de policía de Austin.

—Estoy en el vestíbulo, Peter. ¿Puedo verte?

Supe que te encontrabas en Houston, y vine para hablar contigo...

—Ahora mismo bajo. Espérame en el bar.

Tomó su sombrero y dejó a los mejicanos, después de prometer a María que iría a buscarla para entrar en algún sitio.

—¡Si tengo suerte, mañana podremos salir para Washington! Y en cuanto consiga un permiso de mis jefes, a Lebanon…

* * *

—¡Chico! ¡Me alegro mucho de verte! Temí que hubieran terminado contigo en Méjico. ¡Vaya jaleo que has organizado! Ya me han dicho los de Carrizo la escabechina que hubo por allí. Espero que el secreto profesional no te impida contarme todo lo que sucedió.

—No hay tal secreto. Además, estoy en deuda contigo. ¿Cómo se te ocurrió telegrafiar a todos los cuartelillos de la zona fronteriza?

—Esperaba que como siempre acabaras mal. Gracias a ello los de Carrizo intervinieron con rapidez cuando recibieron el aviso de la chica. ¿Qué ha sido de ella? Supongo que me la presentarás.

—No pienso hacerlo. Eres un viejo verde, y te tengo miedo. Un pobre muchacho como yo tiene que prevenirse. Cuando sea la señora Robertson la conocerás.

El policía, abrió la boca, sorprendido,

—¿Qué me dices? ¡Es lo más extraordinario que he oído en mi vida!

Estaban sentados en las banquetas de la barra del «Hotel Galveston». Peter sorbió en silencio su ginebra. Estaba más callado que de costumbre. El otro acabó por darse cuenta.

—¿Qué te sucede? Deberías congratularte de la suerte que has tenido en salir de aquella ratonera, y de haber deshecho a la banda. He estado en el «Memorial Davis» a ver a ese Aldo. Tiene que responder de la muerte de Gino. Pero dentro de poco se enfrentará con otra justicia más alta. Ha sido un éxito. ¡No te entiendo! ¡Por qué no ríes un poco?

—Es el jefe quien me preocupa, Paterson. El responsable de esta organización y que ha sido capaz de montar el chantaje de los inmigrantes. Es una persona sin escrúpulos, capaz de cualquier cosa…

Continuó hablando durante largo tiempo, escuchado con gran interés y atención por el inspector. Cuando terminó, salieron a la calle y emprendieron distintos caminos.

CAPITULO XIII

Peter Robertson entró en la Oficina del Servicio de Inmigración en Houston. La secretaria del jefe le saludó con cordialidad.

—El señor Butler le espera. Puede pasar. Me ha dicho que siempre está para usted.

Le hizo un saludo amistoso, y abrió la puerta del despacho.

—Hola, Peter—le saludó Butler—. Pase. Siéntese en esa butaca.

El funcionario se había adelantado hacia él. Robertson tomó asiento en el lugar indicado, y aceptó un cigarro que el otro le ofreció en una caja de piel. Lo encendió, y lanzó al aire una olorosa bocanada de humo.

—Tengo una mala noticia para usted, Thomas.

El jefe se detuvo con el encendedor junto a su cigarro. Le prendió fuego, y guardándose el aparatito, repuso:

—Me asusta usted. ¿Qué novedad hay?

—He recibido contestación de Washington. Ya le dije esta mañana que había enviado allí los documentos falsificados por la banda. Vea usted lo que han contestado.

Le tendió la carta, que el otro leyó con atención. Luego, se la devolvió, comentando con disgusto:

—No lo comprendo. Me cuesta creer que ninguno de mis empleados... Todos son gente de confianza.

—¡No puede ser de otro modo, Thomas. Nunca sabemos de que son capaces las personas que nos rodean. ¿Cuanta gente hay aquí?

—Poco más de una docena. En realidad todos tienen acceso a los armarios donde se guardan los impresos y los sellos. Trabajan juntos en una gran sala. Si quiere usted, podemos verlos.

—Preferiría que fuera con cierta discreción. Aún no se lo que sucederá.

—Venga conmigo.

Salieron del despacho. Butler, que estaba pálido y nervioso por el disgusto, ordenó a la chica que no se moviera de su sitio, y llevo a Peter a una habitación con grandes estanterías llenas de legajos empolvados. Corrió una trampilla de madera, y dejo ver un recuadro de cristal.

—Ahí tiene. Esa es la sala de trabajo. Al fondo están las ventanillas que dan al vestíbulo para el público. Y debajo de los mostradores, en los armarios, se guarda el material.

Peter atisbo por la mirilla. Era un gran local, con mesas alineadas junto a las dos paredes, y ocupadas por varios empleados en mangas de camisa, que trabajaban en los papeles. Una parte de ellos estaban atendiendo a la gente a través de las ventanillas. Los armarios a que se refería Butler no tenían ninguna cerradura especial. Era evidente que cualquiera de aquellos hombres podía coger lo que quisiera.

—Alguno de ellos es la persona que buscamos — murmuró.

—Si usted lo dice, será así. Pero no tengo la menor sospecha de ninguno. Claro que yo no me ocupo de la vida privada de mis empleados.

Peter se entretuvo largo rato en examinarlos cuidadosamente. Los había de diversas edades y con diferentes aspectos. Era difícil imaginar que ninguno de ellos pudiera haber mantenido en un puño a la banda de pistoleros y a muchos inmigrantes, siendo capaz de llegar hasta el asesinato.

Butler empezó a decir:

—Quizá investigando las cuentas corrientes... Ese hombre ha debido de ganar muchísimo dinero.

—Todo se hará. Voy a ordenar a la policía que coloque una sombra detrás de cada uno de ellos, pero nos exponemos a que en cualquier momento se nos escape, llevándose el secreto de los demás cómplices que pueda tener en el país... ¡Hay que hacer algo, y pronto!

—Volvamos a mi despacho. Allí podrá pensar tranquilamente.

Lo hicieron así. Peter continuaba sombrío, y Butler se había contagiado de su depresión. Se sentaron en las butacas y estuvieron un rato sin hablar. El agente dijo al fin:

—Nadie sabe que hemos cogido a los hombres de Carrizo y que Key ha muerto. Quienquiera que sea el jefe, debe estar esperando noticias de su gente. Seguramente impaciente y preocupado. Podríamos intentar un truco efectista... Estas cosas parecen infantiles, pero a un hombre con la conciencia intranquila, le hacen un efecto tremendo.

—Explíquese.

—Pues algo teatral. Por ejemplo, buscar una persona parecida a Key, un actor capaz, bien caracterizado y adiestrado. Supóngase que cuando todos estos hombres están trabajando en la oficina, empujando la mampara, con el pelo revuelto y un gesto de espanto en la cara, entra nuestro falso Key y grita algo así como: «¡Jefe! Estamos descubiertos! ¡Huya! ¡Huya que vienen por usted!».

Peter había dado un gran verismo a las frases, levantando la voz y con entonado acento. Butler se sorprendió, y se movió inquieto en su asiento.

La chica del antedespacho abrió la puerta y asomó la cabeza:

—¿Sucede algo, señor Butler?

— ¡Nada, nada...! ¡Retírese!—ordenó el jefe, impaciente—. ¡Caramba, Peter! ¡No creí que tuviera esas cualidades histriónicas! ¡Me ha asustado usted!

—Bien. Hágase cuenta del efecto que produciría esto en el culpable, si a usted que tiene la conciencia tranquila le ha impresionado. Lo más fácil es que se levante y trate de escapar. Nosotros estaríamos allí para impedirlo...

—No sé... Haga usted lo que le parezca.

—Ya veo que no le gusta. Sin embargo, estos trucos efectistas dan

resultado. Se lo aseguro yo, créame. No ha sido el primer caso.

El teléfono les interrumpió. Butler lo tomó y escuchó unos instantes, para decirle al joven:

—Es para usted. Un tal Paterson.

—Es un inspector de policía de Austin — explicó Peter, cogiendo el auricular—. Di, Paterson.

Escucho en silencio, y bruscamente se puso en píe de un salto, gritando excitado:

—¡Ahora mismo voy! Espérame ahí! ¡Esto es de suma importancia!

Casi tiró el teléfono al colgar el receptor. Butler, que estaba medio loco por los últimos acontecimientos, le preguntó:

—¿ Qué ocurre ahora, Peter? ¡Es usted un huracán!

—Algo trascendental. Seguramente no hará falta la escena que hemos ideado. ¡Aldo, el pistolero que está agonizando en el hospital, el que trajimos con nosotros en el avión desde Carrizo, ha recobrado el sentido!

—Bien. ¿Qué pasa con eso?

—¿No comprende? Ha hablado con Paterson, y le ha dicho que él sabe el nombre del jefe. Que Key se lo confió en una ocasión, medio borracho... ¡Sólo quiere decírmelo a mí! Paterson advierte que si no me doy prisa quizá lo encuentre muerto... ¡Pídame un coche!

Butler actuó con gran celeridad.

—¡Vaya usted bajando! Yo llamaré a mi chofer por teléfono. El garaje está en este mismo edificio. ¡Corra!

Peter no esperó a que se lo dijera dos veces. Cruzó el despacho de la secretaria como una exhalación. En el corredor se detuvo impaciente, pues el ascensor no llegaba. Oprimió el llamador con rabia, hasta que la puerta se abrió.

—¡Ya va! ¡No tiene usted poca prisa!—protestó el ascensorista.

El agente no se molestó en contestar. Llegó al vestíbulo del gran edificio oficial, y salió a la calle. No había ningún coche esperando. Claro que apenas había transcurrido poco tiempo. Miró su reloj impaciente, con gesto maquinal. Al fin un vehículo grande, descapotable, se acercó a la acera. No era del Estado como había supuesto. Debía de tratarse del coche particular de Butler.

Subió a él, y ordenó al conductor:

—Hágase cuenta que vamos a apagar un fuego. Al «Memorial Davis», rápido. ¡No se preocupe de las señales de tráfico! ¡Yo respondo!

Peter no conocía bien Houston, pero era tal la impaciencia que sentía, que hasta le pareció que el coche daba demasiadas vueltas para llegar al hospital. De todos modos el conductor era diestro, y sorteando los obstáculos que oponía el embotellamiento de ciertas calles, lo condujo hacia su destino. Ya a la vista del edificio sanitario, tuvieron que detenerse en una calle secundaria, para esperar que les dieran paso frente a un cruce.

Peter miraba impaciente y nervioso a todos lados, aguardando el momento en que reanudaran la marcha. Al fin el descapotable volvió a rodar, y poco después se estacionaba frente al hospital.

El «Memorial Davis» estaba en una loma, rodeado de césped verde. Había muchos vehículos en la explanada, y multitud de gente que entraba y salía en el inmenso edificio.

Preguntó a la enfermera del vestíbulo:

—¿Dónde está el herido de Carrizo? Me ha llamado el inspector Paterson.

—Piso dieciséis, habitación treinta y cuatro. Puede subir en ese ascensor privado.

Lo hizo así. El elevador se detuvo en la planta que Peter necesitaba. Salió de él casi corriendo, y buscó con la mirada la habitación treinta y cuatro.

Estaba la puerta entreabierta. La empujó y vio a Paterson sentado junto a una cama en la que había un paciente totalmente envuelto en vendajes. La cortina estaba bajada, y la habitación en penumbra. Paterson se levantó, y acudió a la puerta andando con sigilo. Peter miró a un policía uniformado que hacía guardia al otro lado de la cama, junto a un gran biombo, y preguntó:

—¿Y bien? ¿Llego a tiempo...?

* * *

Minutos después, en la misma habitación del «Memorial Davis», la ancha silueta de Peter Robertson, cubierta la rapada cabeza con el escandaloso sombrero rojizo y con la americana arrugada, esperaba pacientemente. Estaba sentado de espaldas a la puerta, y parecía espiar el menor movimiento que se produjera en el paciente, que no daba señales de vida.

Paterson y el policía se habían evaporado. La persiana, cerrada aún más, dejaba pasar una media luz que hacía más pesado el silencio de la estancia.

Bruscamente aquella calma se rompió, y toda la habitación parecía ser sacudida por un terremoto. La puerta se abrió de golpe, impulsada violentamente, una alta silueta se perfiló bajo el marco.

Antes de que Peter tuviera tiempo de moverse de su silla, un tableteo seco atronó el espacio. Los impactos barrieron la salita. El hombre que estaba sentado recibió la primera parte de la ráfaga. La chaqueta se agitó como sacudida por mil golpes, inmediatamente el diluvio de proyectiles se corrió a la cama y agitó la blanca colcha.

Todo sucedió en unos cortos segundos. Cuando el misterioso atacante aún no había detenido el mortífero chorro de plomo, el biombo cayó al

suelo con gran estrépito, aumentando la confusión, y tres hombres saltaron hacia el agresor sujetándole con fuerza.

—¡Ya está bien! —se oyó la voz enérgica de Paterson—. ¡Suelta ese juguete, amigo!

Hubo un corto forcejeo. Varios hombres corrieron por el pasillo, acudiendo en ayuda del inspector, que no la necesitaba ciertamente, pues había logrado, aprovechándose de la sorpresa, colocar las esposas al desconocido.

Rápidamente, de las habitaciones contiguas surgieron algunos policías de uniforme que bloquearon el pasillo para impedir la llegada de curiosos alarmados, que inquirían la causa del jaleo.

En el pequeño recinto lleno del humo de la pólvora, una extraña calma había sucedido a las detonaciones. Un hombre en mangas de camisa se acercó a la persiana y la levantó totalmente, llenando de luz el recinto. Era Peter Robertson, sonriente y satisfecho, que llegó junto al individuo al que Paterson y un policía sujetaban por los brazos. Tenía la cabeza inclinada sobre el pecho, y no era posible distinguirle las facciones, ocultas por unas grandes gafas obscuras y las solapas de una gabardina.

—¡Se terminó la representación! Allí tienes a nuestro hombre, Paterson. Permíteme que te presente al señor Thomas Butler en persona. Creo que no le conoces todavía ¿verdad?

Le arrancó las gafas de un tirón. El rostro inteligente y serio del jefe del Servicio de Inmigración de Houston, apareció ante ellos. Tenía los ojos sémicerrados y una gran palidez le invadía, pero no hizo comentario alguno.

A sus pies, aparecía tirada la pistola ametralladora. Miró con sorpresa hacia lo que parecía una figura humana, que continuaba sentada sobre la silla. Peter, interpretando la muda interrogación, se acercó al cuerpo inerte y lo sacudió.

—Insensible..., ¿lo ve? Pero lo cierto es que me ha dejado usted estropeada mi pobre chaqueta... Dentro sólo hay algunas almohadas que Paterson ha colocado diestramente. Y lo mismo en la cama. El pobre Aldo murió hace un par de horas. No llegó a recobrar el conocimiento. Ya le dije amigo Butler, recuerde usted, que estos trucos efectistas solían dar resultado. Paterson dice que soy demasiado amigo de lo teatral, y es cierto. Pero si no hubiera sido por este ardid, creo que no habría habido modo de probar que usted era el jefe de la banda, Butler. Yo ya lo sabía, pero ningún jurado le hubiera condenado sin pruebas...

Hizo una seña, y el policía sacó al frustrado asesino, que quedaba a disposición del Fiscal del Estado. Peter se colocó la chaqueta, con agujeros y todo, y seguido de su amigo salió también al pasillo. Los hombres de Paterson estaban tratando de desalojar la planta. Tuvieron que abrirse paso a empujones para poder alcanzar el ascensor. Una vez en la calle, y

sentados en el coche del inspector, éste le dijo burlón a su amigo:

— ¡Has estado enorme, Peter! Claro que si ese tipo llega a fallarte, haces el ridículo del año. Lo que me parece mal es que seas tan fanfarrón. ¡Mira que decirle que ya sabías que él era el jefe...! —Y rio con ganas.

Peter sacó un paquete de cigarrillos. Pareció un poco disgustado por las palabras de Paterson.

—Siempre serás el mismo. Sólo te fías de las apariencias. Me ves este aspecto de bruto y no comprendes que pueda tener algo en el cerebro. Sabía lo de Butler desde esta mañana. Fue un detalle insignificante que me hizo pensar mucho. Veras; le conté todo lo que había sucedido en Carrizo, sin mencionar ningún nombre, y de pronto me soltó algo así como: «Ha sido una suerte que pudiera salir con vida de «Llano Seco«... Aquello me dejo helado. Yo no había dicho como se llamaba la granja, ¿comprendes? Me resistía a creerlo, cuando llego el mensaje de Washington diciendo que los sellos habían salido de su oficina. Luego caí en la cuenta de que los pistoleros utilizaban para escoger a sus victimas la declaración que hacían al pedir el visado, en la que consignaban el dinero de que disponían, declaración que también pasaba por su Servicio. La cosa estaba clara... Ahora que aun tengo que agradecerte la rapidez con que preparaste los muñecos que engañaron a Butler. Estaba seguro que vendría detrás de mí para silenciar a Aldo y a todos los que escucharan su declaración. Así ha sido, ya lo has visto. Apenas puse mi chaqueta y mi sombrero sobre el monigote, apareció nuestro hombre...

Se callo, y mientras su amigo manipulaba en el encendido, Peter sacó con cuidado un pequeño estuche del bolsillo de la chaqueta. Paterson vio el movimiento, y preguntó:

—¿Qué tienes ahí ?

No respondió de momento. Lo guardó con precipitación.

—Nada... un... ¿A ti, qué te interesa?

No quería que el otro se burlara de él si descubría la pulsera de pedida que había adquirido horas antes. Apretó su mano sobre la cajita, y sonrió:

—Llévame al hotel. ¡Rápido!

F I N

Colección

SERVICIO SECRETO

ULTIMOS TITULOS PUBLICADOS

151 —La colina del silencio.*Red Harland.*

152 —Muertos en la selva. *A. Rolcest.*

153 — Un hombre alto. *Red Harland.*

154 —Cerco de fuego. *Kent Miller*.

155 — Una tumba en Dunkerque. *A. Rolcest.*

156 — El presidiario. *Red Harland.*

157 — Veracruz. *Cliff Bradley*.

158 — El viento barre la niebla. *Red Harland.*

159 — La isla de los muertos. *A. Rolcest.*

160 — Mau-Mau. Kent Miller.

161 —Su última jugada. *Red Harland.*

162 — Reto a la muerte. *Kent Miller*.

163 — Espías en Túnez. Ernie Parker.

164 — La muerte llegó al amanecer. T*ony M. Tower*.

165 — Cerco a Damasco. *A. Rolcest.*

166 — Sangre en el Danubio. *Kent Miller.*

167 — El pingüino asesino. *Keith Luger*.

168 — El caso de las mellizas. *Vic Peterson*.

169 — Un cadáver tras sus huellas. *Alar Benet*.

170 — Una bala para cinco. *Vic Peterson*.

171 — La ciudad maldita. *Alar Benet*.

172 — Espectros en la bolera. *Vic Peterson*

Ultimas novedades de

EDITORIAL BRUGUERA



COLECCION PIMPINELA

Núm. 373 - Carlos de Santander
ESE ODIOSO INDIVIDUO
Núm. 374 - Amparo Lara
EL AVENTURERO
Núm. 375 - Sergio Duval
A CARA O CRUZ
APARICION SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



COLECCION MADREPERLA

Núm. 269 - Arnaldo Visconti
HASTA QUE AMANEZCA
Núm. 270 - M.ª Carmen Rey
LA SOMBRA DE UN ENIGMA
Núm. 271 - C. de Santander
ME PERTENECES
APARICION SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



COLECCION ROSAURA

Núm. 213 - Corín Tellado
LEONOR
Núm. 214 - Arnaldo Visconti
EVA CONTRA TODOS
Núm. 215 - Laura Tur
TODO PUEDE SUCEDER
APARICION SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



COLECCION AMAPOLA

Núm. 99 - Luis Masota
FIERECILLA
Núm. 100 - Carlos de Santander
LA VIDA EMPIEZA HOY
Núm. 101 - Bárbara Sanromán
PAGINAS INDISCRETAS
APARICION SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



COLECCION BISONTE

Núm. 314 - A. Rolcest
LA COLINA DE LA MUERTE
Núm. 315 - Cliff Bradley
EN DEUDA CON EL CRIMEN
Núm. 316 - Alar Benet
EL TRIANGULO DE LA MUERTE
APARICION SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



COLECCION BUFALO

Núm. 8 - Keith Luger
LOS DESERTORES
Núm. 9 - Raymond Pratt
CUENTA SALDADA
Núm. 10 - Chas Logan
LAS PISTOLAS INTERROGAN
APARICION SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



COLECCION SERVICIO SECRETO

Núm. 178 - Vic Peterson
EL CASO DEL LANDRU CALIFORNIANO
Núm. 179 - Tony M. Tower
PASAPORTE AL INFIERNO
Núm. 180 - A. Rolcest
CITA EN TIERRA DE NADIE
APARICION SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



COLECCION ALONDRA

Núm. 52 - César de Monterrey
CORAL
Núm. 53 - M.ª Adela Durango
EL ZAPATO DE LA CENICIENTA
Núm. 54 - M.ª Carmen Rey
EN UN CASTILLO DE ESCOCIA
APARICION SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.

Volúmenes recientemente aparecidos

Volúmenes de próxima aparición



Precio: 5 ptas.

Printed in Spain